


UNIV. OF ARIZONA  
863.32Z V732c mn  
Villegas, Baldomero/Catecismo de la doct



3 9001 03944 4156

VILLEGAS (Bal-  
doemro)  
Catecismo de la  
Doctrina Cervan-  
tina.  
Madrid, 1.916.



Digitized by the Internet Archive  
in 2024







Baldomero Villegas

Año 1916

# CATECISMO

de la

# DOCTRINA CERVANTIANA

20 pesetas









Baldomero Villegas

---

Año 1916

catecismo  
de la doctrina Cervantiana  
HOMENAJE AL GENIO



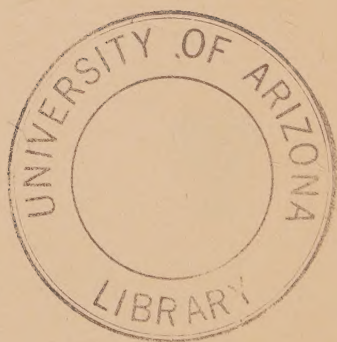
---

IMP. DE FORTANET  
::: MADRID :::

---

Es propiedad del Autor,  
queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---



863.352  
V732c

## PRÓLOGO

... «*Todo lo que se aplica en España se corrompe y falsea*»...  
... «*Parece mentira que los Españoles, soporten tales enormidades*»...

J. CHAMBERLAIN.

Y en efecto: el que quiera ver que vea; y el que quiera oír que oiga...

**H**ACE más de veinte años que vengo propagando esta doctrina Cervantiana en Conferencias públicas, en artículos de periódicos, en folletos y libros; pero mis esfuerzos han sido inútiles... ¡no se me ha hecho caso!

En el entusiasmo que yo sentía al ver las altas y trascendentales enseñanzas que esta sublime doctrina muestra, remitía los pliegos del primer libro que hice, á mis amigos Castelar y Canalejas, á medida que se imprimían, y les suplicaba su opinión y consejo, con el fin de que pudiera salir mi obra más provechosa para la sociedad. Y el primero me decía: *Puedo decir á usted que veo sus trabajos literarios, y los admiro de veras.* Y como yo desconfiara de mis fuerzas, me alentaba diciéndome: *No sea usted pesimista; está Dios en el cielo, y no puede faltar al humano progreso.* Y cuando animado yo por estas expresiones, le pedí que

pusiera el prólogo al libro, me lo prometió... Desgraciadamente comenzó á padecer una enfermedad gravísima; y los médicos, no solamente le prohibieron escribir, sino leer. *Perdone usted*, me decía, *esta causa de fuerza mayor*; y en otra carta: *Por estas causas no puedo cumplir mi ofrecimiento, que usted perdonará...* ¡Y falleció al fin aquella lumbrera, honra de España! ¡Qué dolor, cuando la patria podía esperar más de él, porque había aprendido, y se había completado en las perfidias y falacias de que le hicieron víctima los llamados liberales políticos, que le engañaron!

Cuando me vi falto de esta cooperación, acudí con la pretensión del prólogo á Canalejas. Este me había dicho: *en mi poder el primer pliego de su ingeniosa obra. Espero los sucesivos que me anuncia, cuya lectura no vacilo en afirmar ha de complacerme muy de veras.* Y más adelante: *No soy de los que han visto en la meritoria y patriótica labor de usted un entretenimiento de ingenio... para todo hombre de buena voluntad y sano juicio resulta evidente, que usted deduce con arte de la obra de Cervantes enseñanzas provechosas al buen gobierno de España, de muy práctica aplicación en las presentes circunstancias.* Y cuando le pedí el prólogo, me contestó: *En cuanto al prólogo, con el mayor gusto procuraré corresponder á su amable invitación.*

Desgraciadamente para mí, Canalejas fué un hombre que pensaba las cosas con la mira puesta en su provecho; y sin duda vió al fin en la obra mía que no se acomoda su contenido al gusto de los que otorgan el poder, pues aunque la creía

buena y de práctica y útil aplicación para el buen Gobierno, según hemos visto, no quiso hacer solidaridad con ella... ¡y me faltó á su promesa! Y me quedé sin prólogo.

Excusábase con sus muchas ocupaciones; y me decía después: *No olvidé su libro, y me ocuparé de él lo antes posible...* Eran conversaciones de Puerta de Tierra, como dicen los gitanos; ni lo hizo entonces, ni lo hizo jamás; y hasta cuando habló en el Ateneo para el Centenario del *Quijote*, despachó con cuatro vulgaridades, y no quiso utilizar la oportunidad para hacer mención de aquellas *provechosas enseñanzas y de práctica aplicación al buen gobierno de España*, que había dicho se podían deducir de él.

Tal fué el primer desengaño que padecí en el éxodo que he recorrido después, cuando publicado el libro lo regalé profusamente entre escritores eximios, y políticos eminentes, y vi que tampoco le hacían caso. Y en vano acudí al Ministro de la Guerra y al de Instrucción Pública, á la Academia de la Lengua, á la de Ciencias Morales y Políticas, y hasta me presenté al Rey solicitando su autoridad para que fueran examinadas las interesantísimas doctrinas Cervantianas... ¡tampoco me hicieron caso! Y en estos crueles desengaños me sentí desfallecer, porque veía caer mis ideas en el vacío, y sé que en el vacío se muere.

Podría referir muchos detalles notables de mi peregrinación; pero sólo contaré los que pueden ser instructivos, por cuanto demuestran hasta qué punto es difícil hacer la redención de nuestro país:



I. Una vez hubo en la Academia de la Lengua recepción de un ilustre Cervantista, que eligió por tema de su discurso *Las interpretaciones del Quijote*; y asistí, y vi complacido que alababa la mía; pero que acto seguido le contestó el memorioso Menéndez y Pelayo, árbitro de los literatos de entonces, dándole un varapalo espantoso (que ni la respetabilidad del recipiendario, ni la educación y la cortesía, autorizaban en aquellos momentos de finezas y galanterías), por esas alabanzas que había hecho de mi trabajo, y que el sabio por antonomasia, revertía con frases despectivas y agravios.

Saltaba yo en mi asiento al oírle, y cuando salimos, escribí con la delicadeza y la consideración debidas, unas cartas al Sr. Menéndez y Pelayo, sosteniendo el sentido regenerador de las enseñanzas Cervantianas, y retándole á discutir la cuestión social en el *Quijote*. Y las llevé á *El Imparcial*. Y grande fué mi pena al ver que no quería hacer espacio á esta cuestión tan interesante y trascendental para la libertad, para la patria y hasta para la humanidad.

Acudí entonces á *El Liberal*, y vi que tampoco quería decir nada que pudiera contrariar á Menéndez y Pelayo. Y fuí á mi amigo Canalejas, director de *Heraldo de Madrid*, que formaba con los dos anteriores la prensa diaria liberal más autorizada y leída en España; pero me sucedió que tampoco adelanté nada. Y lamentando cómo entendían su misión educadora y servían á la libertad y á la verdad, esos periódicos liberales de mayor circulación y prestigio, y lo difícil que era

hacer camino en nuestro país á la libertad y la verdad, publiqué con esas cartas un folleto que mandé á Menéndez y Pelayo, á los académicos y personas que recordaba yo que habían concurrido á la recepción, y á la prensa; y que se imprimirá al final de esta cartilla, porque tampoco le hicieron caso y no dejó rastro.

II. Otra vez, allá por el año 1902, resistiendo mi patriotismo que muriese en el vacío idea tan provechosa, solicité del Ministro de Instrucción Pública que informara la Academia de la Lengua sobre la importancia y utilidad de las doctrinas redentoras que yo descubría en el *Quijote*, y el Ministro pasó á informe mi libro, y habiéndose extraviado la solicitud y el libro, repetí la petición de acuerdo con el Ministro; pero la Academia eludió el informe mediante otro que dió la Junta de Archiveros presidida por Menéndez y Pelayo, que desestimó mi pretensión; y al saberlo el Ministro, insistió en conocer el informe de la Academia, no obstante lo dicho por los archiveros... Pero, se nombró ponente, y la astucia, la habilidad y la destreza de los académicos pudieron más que la buena fe del Ministro... Después, el año de 1903, cuando publiqué la interpretación del segundo tomo del *Quijote*, en que se puntualizan los fines que debe desempeñar el ejército, solicité del Ministro de la Guerra que pidiese informes á la Academia de la Lengua y á la de Ciencias Morales y Políticas, sobre las enseñanzas del *Quijote*, y sé que, con efecto, se pidieron, y ¡que tampoco se han emitido! y tuve que contentarme con la callada por respues-

ta... ¡Seguía la conspiración del silencio contra las enseñanzas que yo veía en los libros de Cervantes!

III. Otra vez, cansado y aburrido yo ante tantas contrariedades, pero no vencido, en vista de que no quería venir á mí la opinión de los doctos, fui á provocarla presentándome al gran literato D. Juan Valera, que había juzgado con desprecio á los mantenedores del sentido esotérico del *Quijote*, y que afirmaba su juicio poniendo como prueba, que no habría nunca ninguno que interpretase al *Caballero del Verde Gabán*. Ya expliqué yo con detalles este suceso en mi *Psicología de las Novelas ejemplares*, y seré por eso breve: cuando se enteró el Sr. Valera de mi interpretación, me dijo emocionado «eso no tiene vuelta, eso no hay nadie que se lo mueva á usted». Le pedí entonces que, para corregir el daño que había hecho á la doctrina regeneradora de Cervantes y á la patria, dijera en público eso que me acababa de decir á mí, y me contestó que no lo podía hacer. Le supliqué que me dijera por qué, y haciéndome un favor me contestó: «porque aquí en España todos somos lo que dice Cervantes, é interpreta usted muy bien en lo del perdigón manso y el hurón atrevido, de el del Verde Gabán; conozco el terreno que piso y sé que me tomarían por loco, y quiero acabar tranquilo y respetado mis días»...; y entonces yo, entre agradecido á su bondad personal y resignado con mi mala suerte, terminé como Don Quijote, dejando al Sr. Valera con su perdigón manso y su hurón atrevido, y marchándome á cumplir con mi deber; ¡pero seguía agitándome en el vacío!

IV. Otra vez, en 1905, cuando se disponía el Ateneo para honrar á Cervantes con motivo del Centenario del *Quijote*, extrañados muchos socios al ver que no se contaba conmigo para hacer el homenaje, solicitaron del presidente, con multitud de firmas, que se me invitara á ese fin. Pero los encargados del festival eran Menéndez y Pelayo y su satélite Navarro Ledesma..., y hasta que terminó el Centenario y se publicaron los discursos que en él se hicieron, no se me permitió hablar. Cuando lo pude hacer, fustigué con la mayor dureza esos amaños que impedían en tan solemne ocasión el conocimiento de la obra redentora de Cervantes. Pero aunque estuve fuerte y agresivo, nadie chistó. ¡Ellos habían conseguido su objeto, que era el hacer el silencio á la doctrina Cervantiana! Y lo que más me chocó fué que no eran sólo Menéndez y Pelayo y los elementos retardatarios los que esto hacían, sino Canalejas y Moret, hombres reformadores y progresivos: Aquél, que habiendo reconocido, como queda dicho, *lo de las enseñanzas provechosas y de muy práctica aplicación al buen gobierno de España* que se pueden deducir en el *Quijote*, no quiso aprovechar, para decirlo, el discurso que pronunció ante un numerosísimo público en aquella ocasión; éste, que siendo presidente del Ateneo y uno de los que más calurosos elogios me habían hecho de las doctrinas Cervantianas cuando le regalé mis libros, no sólo no me permitió hablar á tiempo de esclarecerlas y exaltarlas, sino que cuando fuera de oportunidad me lo consintió, no quiso que se imprimiese en una Revista que pu-

blicaba entonces el Ateneo y donde se daba cuenta de las conferencias, nada de lo que yo dije en la mía... ¡qué estadistas reformadores! ¡por no ponerse en contra de las preocupaciones y de la rutina, iban á remolque de los elementos retardatorios y contribuían á la conspiración del silencio que éstos hacían! Con hombres así, que todo lo sacrifican á sus conveniencias ¡cómo ha de variar el modo de ser de España! ¡Cómo se ha de regenerar España!

En vista de esto y juzgando que más que á los españoles individualmente, interesaba el problema á las instituciones que en España presiden el estado de postración en que vivimos, acudí al Rey. Ya he dicho en mi *Psicología de las Novelas ejemplares* cuál fué el resultado de la audiencia que me concedió S. M. y de las consecuencias que tal vez trajeron la intervención de la Reina madre... Y por todo esto, ante lo estéril de mis esfuerzos sobre la utilidad de las enseñanzas de un Genio que formulaba doctrinas y daba reglas para regenerar la sociedad... yo, que había padecido en todo este tiempo, como resultante de mis entusiasmos patrióticos, las felonías y perfidias canallescas con que me alejó del Congreso el Gobierno, alegando que hombres de mis condiciones no encajaban en la actual política; yo, que en vez de ser premiado por aquel extraño pero eminente servicio que hice en los descansos de los alojamientos formulando el plan de campaña con que se llevó el ejército á la victoria en la guerra carlista, fui perseguido por hacerlo público al verme relegado al olvido; yo que vi des-



deñados mis ofrecimientos, tal vez por suspicacias y celos, cuando los hice a dos Generales en Jefe de los ejércitos que fueron vencidos en Ultramar: y que, como consecuencia de todo esto, me vi arrinconado, entretenido y burlado con la promesa de la recompensa por lo del plan, hasta que dieron los años con mi carrera en tierra... comprendí que estaba de non entre los profesionales que gobiernan esta sociedad; y que la labor alta y generosa y desinteresada que yo hacía por diferentes caminos, estaba fuera de la realidad en que vivía... y decidí retirarme á mi aldea, Cóbreces, en la provincia de Santander, creyendo hallar sano aquel pueblo en que fui dichoso durante la niñez; y resuelto á terminar allí tranquilamente mis días.

Pero ¡cómo estaba ahora la aldea!; mucho peor que la capital: había allí dos Obras de Beneficencia, una de 18.000.000 reales á disposición del clero desde 1871, y de que estaban apoderados los caciques conservadores; otra de 3.000.000 de pesetas desde 1902, y de que se estaba apoderando el cacique liberal; y concertados ellos bajo la protección de los diputados y senadores á quienes repartían los votos del pueblo en las elecciones, no había género de abusos que no cometieran con la mayor impunidad. Así, por ejemplo: ellos se adjudicaban los cargos municipales y no hacían ni presupuestos ni cuentas, ni se sabía nada de los fondos del pueblo, de que era depositario uno de los Caciques; ellos repartían los terrenos comunales, atropellaban las servidumbres y devastaban el monte en beneficio de sus adictos; el

maestro y la maestra de los niños carecían de título, y se expulsaba de las escuelas á los chicos cuyos padres no se sometían incondicionalmente á ellos; en fin, hasta las Obras de Beneficencia, que son una función sagrada puesta no sólo bajo el sentimiento de la caridad, sino bajo la garantía del honor y el amparo de la ley por la del Protectorado de los Gobiernos, eran allí un verdadero escarnio, en que se han cometido todo género de abusos, y han desaparecido millones, y se administra arbitraria é ilegalmente lo que queda sin que intervenga en nada el Gobierno, á pesar de la ley del Protectorado...; ¡allí no regían las leyes! En vano las invocaba yo ante el diputado del distrito D. Pablo Garnica, que era hasta estos escandalosos tiempos amigo mío; él se sentía contrariado por mi reclamación, pero no me atendía, y todo se gobernaba por el capricho y la influencia de hombres que no se distinguían ni por sus buenas intenciones, ni por su sabiduría, ni por su honorabilidad; ¡y como si no hubiera Gobierno ni honradez en el país!

Y dándome vergüenza vivir en un pueblo así, y no pareciéndome ni digno ni decente sufrir ni sortear tantos escándalos, juzgué que era un deber tratar de evitarlos. Y acudí al Gobernador de la provincia, y á los diputados y al Gobierno, pidiéndoles la corrección y el castigo; y para hacer más eficaces las reclamaciones, publiqué bajo mi firma unos furibundos artículos en la prensa, que llamaron grandemente la atención en toda la provincia. Y al ver que no conseguía nada de los que podían y debían remediar esos males, traté

de aprovechar las ventajas de mi posición en el pueblo para ser concejal y cortar los abusos; ó juez municipal para enderezar la justicia é impedirlos. Y para lo último, acudí al diputado dicho, que era todavía amigo, pidiéndole que para acabar con tantos males propusiera mi nombramiento; pero me contestó que él tenía que servir por encima de nuestra amistad á los que le daban votos, ¡y se me pospuso á un tabernero! Y en lo de ser concejal, se echaron á la calle los caciques é hicieron no sólo coacciones enormes desde sus puestos oficiales, sino mayores delitos para impedirlo; y á pesar de ser yo, con mucha diferencia sobre todos, el mayor contribuyente del pueblo; y de mi carrera facultativa y de mis públicas aptitudes, me pospusieron á un cuitado é ignorante que era instrumento de ellos...

Albergaba yo entonces todavía alguna esperanza en los tribunales de justicia, y acudí al juez denunciando esos delitos dichos, y acompañando las pruebas; y el juez procesó, pero la Audiencia y la Junta del Censo absolvieron; ¡había que ser indulgentes en las cuestiones electorales, según me escribía un senador!

Yo no podía más; había perdido mi tranquilidad y agotado mis medios para guiar la opinión y la justicia por el camino de la honradez, y resultaba completamente vencido, quedando las ilegalidades y los atropellos triunfantes.

Pero no fué esto lo peor para mí, porque persuadidos los caciques de mi impotencia y de su fuerza... ¡qué de zancadillas y triquiñuelas y picardías me hicieron, y cuántos daños me ocasio-

naron! Indignados mis hijos, querían tomarlo por la tremenda; eran más fuertes que todo el cacicato, y podían llevárselo fácilmente por delante. Pero les contuve porque, ¡si teniendo razón, me veía sufriendo persecuciones de la justicia, qué sería y adónde iríamos á parar si dábamos motivos para que las hicieran!

En esta parte estamos los españoles peor que los Marroquies; éstos pueden tomarse la justicia por su mano á costa de su pellejo, cuando se ven víctimas de atropellos; pero aquí ¡en este país civilizado! al que tal hace le llaman criminal, y después le encierran en un presidio: le deshonoran y le ponen el INRI!

Indefenso ante las asechanzas y verdaderas infamias que me hacían los caciques con la protección del Gobernador, del Delegado y de los Tribunales de Justicia instrumentos suyos, acudí al Rey, que por la Constitución nombra ministros y magistrados, y que es, á mi parecer, motor de nuestro mecanismo social en la práctica de nuestras costumbres; y estando S. M. de jornada en Santander le expuse tres veces personal, y directamente desde las columnas de *El Cantábrico*, que es el periódico más leído allí, no ya los agravios é iniquidades que se me hacían á mí, sino esos gravísimos atentados con que se vulneraban las leyes con relación al bien público y al país por aquellos caciques favorecidos por la Administración y por los Tribunales. Pero no se me hizo caso... y habiendo experimentado en un mitin (que celebramos allí bajo la presidencia de D. Melquiades Alvarez, y en el que expuse sin

eufemismos la situación del país) que tampoco se me hacía caso, comprendí que no me quedaba más recurso que confesarme vencido y huir... y abandoné la aldea y me volví á la Corte donde tantos disgustos había pasado, pero en la que pensaba vivir obscurecido y olvidado en el montón anónimo para estar desapercibido.

Pero comenzábase entonces á enaltecer á Cervantes con motivo del Centenario de su muerte, y se nombró para dirigir el homenaje al sucesor y discípulo de Menéndez y Pelayo, como él, empedernido erudito, que por formar sus juicios con los de los que les precedieron, saturan los juicios presentes con la erudita rutina; al atrevido sectario, que altera los textos de Cervantes para que sólo se vea en ellos, lo que á él le conviene; al crítico felino que de las dos clases de crítica que hay, sólo usa cuando juzga á Cervantes la puramente gramatical y retórica para llevar la atención con la fanfarria erudita por el estudio de las palabras, que es la letra que mata, y que desdeña el estudio de la psicología y la ética, que es el espíritu que vivifica; al osado publicista que muy frescamente pide «luz, mucha luz», para estudiar á Cervantes, pero solamente la emplea en ver el sentido literal de las palabras (que él sabe que están alteradas) y para engañar de este modo á las gentes, invocando la luz y dejándolas á oscuras... y presentí que esto no podía dar buen resultado: que se iban á hacer muchas carantamaulas con carrozas, bambalinas y luminarias y hasta concursos literarios y ampulosos versos á gusto del vulgo con el pie forzado de la



belleza del lenguaje, y con las excelencias del idioma, y la acumulación de detalles sobre los accidentes de la familia y de la vida de Cervantes cual, v. gr., si éste bebía vino en las comidas, y otros detalles y nimiedades en que es maestro el director de estos festejos, Sr. Rodríguez Marín; y que probablemente, hasta se haría también á la sombra de esto algún feo negocio, cosa muy usada en España; pero que no se haría nada para ilustrar y mejorar al país con el conocimiento de las doctrinas y las enseñanzas que nos legó Cervantes.

Y como creo que Cervantes es un Genio, pero no un Genio chirle de esos que se llaman aquí Genios, porque hablan con elocuencia, escriben correctamente ó tocan con perfección un instrumento, sino un verdadero Genio reformador y sublime, de esos que surgen en la humanidad en el curso de los siglos como guías de ella, para corregir y enmendar los frutos de una civilización ya anticuada, y abrir nuevos horizontes de nuevas perfecciones, y constituir una sociedad nueva en bien del progreso y la ventura de los hombres... y como me he convencido en los estudios que llevo hechos y por la experiencia que tengo en mi larga y agitada vida, de que en vano urdirán los hombres progresivos reformas y revoluciones armadas para salir del ciclo en que estamos, mientras no se cambie el sentir y pensar, la mentalidad y la ética y los conceptos sustantivos y fundamentales de nuestra dinámica social..., y como yo soy, en fin, un hombre patriota que por encima de mis conveniencias y de mis

desengaños y quejas, no puedo ver con indiferencia el mal de la patria, me resolví á luchar nuevamente contra las redomadas picardías y malicias de los matreros que desde las Academias de ¡los sabios!; desde los Centros de enseñanza; desde los privilegios que tiene el clero y á cuya sombra viven, están explotando el país, donde, como hemos visto, campan, en todos los órdenes, execrables manejos.

Es verdaderamente una vergüenza y una deshonra y una gran desgracia el consentirlo. Pero ¿cómo evitarlo? ¿Qué podré hacer yo después de lo que he hecho para impedirlo, si aquí los revolucionarios confunden la cuestión de forma con la de esencia, ó tienen una idea tan mezquina de la sociología y de la política, que no ven más que lo contingente; y no comprenden que esta sociedad necesita más que una nueva forma un nuevo VERBO, una nueva mentalidad, un nuevo sentir y pensar; y no se preocupan de todas estas cuestiones éticas, y creen que se puede arreglar nuestra sociedad, echando remiendos de paño nuevo en el paño viejo de la idiosincrasia nacional y no me hacen caso?... ¡si aquí las clases neutras están saturadas de concupiscencias y no se ocupan más que de la cuestión económica ó de divertirse y tampoco me hacen caso!... ¡¡si aquí por unos ú otros motivos claman en el vacío la honradez, la razón y la justicia, y campa la BESTIA!! ¡¡¡porque aquí nadie eleva el alma á los grandes y nobles ideales!!

Cuenta Cervantes que cuando retó Don Quijote al león (el elemento Redentor á la BESTIA), abrién-

dole al efecto la jaula para luchar con él, lo primero que éste hizo fué desperezarse, dar un bostezo, despolvorearse los ojos, sacar la cabeza fuera de la jaula y mirar á todas partes con los ojos hechos brasas; y luego de esto, no haciendo ningún caso del desafío de Don Quijote le volvió las espaldas y le enseñó las traseras partes, y con gran flema se metió en el interior de la jaula... Y he aquí un suceso absurdo, más aún, imposible, leyendo con sentido llano y literal el libro, porque en un caso así el león no hace eso, sino que por lo menos se lanza al campo; pero que en sentido esotérico ofrece un significado de práctica aplicación en la vida, pues se realiza cuando los que vamos en pos del bien queremos combatir á la BESTIA de la concupiscencia con las armas de la razón, y la BESTIA se extraña de tanto atrevimiento, y mira á todas partes pero no nos hace caso, y nos desprecia y nos vuelve las posaderas y sigue tranquila y con gran flema.

Sigue diciendo Cervantes que Don Quijote quería que se urgara y obligase á salir de la jaula la BESTIA para luchar con ella; pero que ante las razones que dió el leonero y confiando en que Dios ayudaría á la razón, se conformó con el testimonio de que él había retado y abierto la jaula á la BESTIA y que ella no salió. Pero ahora no debemos conformarnos con eso, porque en primer lugar, Dios no ha querido ayudar á la razón; y en segundo lugar, la BESTIA de ahora no se limita como la de entonces á meterse en la oscuridad de la jaula, sino que está arteramente pugnando

cuanto puede para hacer daño é inutilizar al *Quijote* ¡y hay que evitarlo!

Pero ¿cómo hacerlo? sabido es que los Jesuitas hicieron un auto de fe con el *Quijote*, según puntualiza y detalla el sabio y respetable P. Mir; sabido es también, que aprovechando los Salesianos la terrible impresión producida en España por la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, hicieron una función solemne ante todas las autoridades y el gran público de Sevilla, y blasfemaron en ella que la causa de nuestras desgracias era el *Quijote*, y que no tendrían ellas remedio, hasta que hiciéramos la cremación del *Quijote*... ¡lo que habían hecho los Jesuitas! Pero falta decir, que no es sólo esto y esta conspiración del silencio que á falta de otras razones están todos haciendo (según se patentiza en este prólogo) contra la obra redentora de Cervantes lo que hacen, sino que apelan á la mentira, á la injuria y á la calumnia para desautorizarlo.

Esto es inconcebible, pero cierto: en efecto, es notorio que la Academia de la Lengua premió con medalla de oro y publicó á sus expensas, una obra de 744 páginas en cuarto y copiosísima erudición que emplea en hablar mal de Cervantes y de su familia; en retener á los lectores en el sentido literal del libro, sin decir nada sobre las múltiples y complejas ideas y sensaciones que ha producido el sentido esotérico; y que concluye por afirmar que el mayor timbre de gloria de Cervantes es *que en todo fué hijo de su siglo*, y excitando á estudiar el libro en su sentido literal, limpio y llano, y poniendo en ridículo á los defen-

sores del sentido esotérico y de que Cervantes fué muy superior á su siglo.

Es notorio también la labor que está haciendo directamente el erudito Académico Sr. Rodríguez Marín, protector y maestro del autor de ese libro, y cervantista espúreo, que no sólo favorece los escritos que deprimen la consideración y la honra de Cervantes y de su familia, cual el que precede, y como aquel otro que se leyó en el Ateneo, llamando p... á las hermanas de Cervantes y tramposo á su padre, y que se imprimió después con un prólogo laudatorio del Sr. Rodríguez Marín; sino que no tiene escrúpulos en atropellar las obras de Cervantes, alterando á su modo las palabras y los conceptos, para hacerle decir lo que él quiere que diga (1), lo cual es un crimen más grande que el destrozar la Alhambra ó las agujas de la Catedral de Burgos, para poner tontearías; y que en fin, falto de sinceridad (porque no debo decir que de buena fe), sabiendo él como sabemos nosotros que esto se viene haciendo por todos los editores (hasta por la Academia de la Lengua), desde la segunda edición del *Quijote*, con pretexto de los errores y erratas que se cometieron en la primera por no haber corregido Cervantes las pruebas de imprenta, y por actos de sectarios: esto es, que sabiendo él que

---

(1) Véase, en conformidad de esto, lo que yo digo en las páginas 17, 41, 43, de *Cervantes luz del mundo*, y lo que el mismo Sr. Rodríguez Marín dijo en los comentarios que puso al *Celoso Extremeño* y á *Rinconete y Cortadillo*, en donde se vanagloria de *no haber copiado fielmente, servilmente*, dice jactancioso, á Cervantes.



las palabras del *Quijote* están muy alteradas por los hastiotes que se acercaban á las cajas de la imprenta cuando se componian tales ó cuales ediciones, no obstante esto, y después de esto, tiene la avilantez de hacer una edición del *Quijote* con muchísimos comentarios atenidos estrictamente á la letra de una edición que mejor se avenía á sus fines, diciendo enfáticamente estas palabras: *Los gramáticos, los sin razón aborrecidos gramáticos; los eruditos, los injustamente odiados eruditos, son los que han de dar cima á esta noble y españolísima empresa* (de hacer amables las obras de Cervantes), *mostrando bien depurados los textos, y bien sacadas á luz del sol las lobrequeces.*

*Luz, más luz, escribía mi inolvidable amigo y maestro D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y estas sabias frases tuve, tengo y siempre tendré por norma; LUZ, MÁS LUZ, ES LO QUE ESTOS LIBROS INMORTALES REQUIEREN; luz que comience por esclarecer los arcanos gramaticales y no deje palabra ni frase sin interpretación segura, y explique la génesis de la obra y aclare todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida, tan animada y compleja, que Cervantes refleja en sus libros. ¡Cuánto descaro y qué poca conciencia tienen algunos hombres!*

... Y ahora mismo, en estos momentos solemnes del Centenario, cuando todos debemos preocuparnos de glorificar á Cervantes y de darnos cuenta de sus enseñanzas, sale este señor con sus maquinaciones y sinuosidades embarulladoras, dando dos Conferencias: una en la Asociación de

la Prensa, hablando extensamente, con pretexto de Cervantes, del despreciable Blanco Paz y de su genealogía y sus hechos, como si fuera de un héroe; y otra, en el Ateneo, con pretexto del yantar de Cervantes, en la que nos cuenta cómo era la olla de vaca y de carnero, y los duelos y quebrantos de aquel tiempo, y que no se comía con tenedor, sino con los dedos, y cómo se relacionaban éstos los comensales... con otras pamplinas y cuchufletas muy amenas, pero que son como la tinta que sueltan los calamares para ocultar su marcha, como el capote de los toreros para llevarse el toro á donde les conviene: para mantener alejada la atención, de las enseñanzas y grandezas de Cervantes, que es lo que nos debe ocupar, y de lo que no quiere él que nos ocupemos! Y luego, todos los señores del Comité siguiendo el mismo procedimiento, uno quiere hablar del viaje de Cervantes á Italia, otro de su maestro López de Hoyos, otro de su hija... ninguno de la manera de aprovechar las enseñanzas que nos legó Cervantes, que es lo que hace falta.

¡Estamos siendo juguetes, y hay que luchar sin miedo contra unos enemigos tan habilidosos y diestros, para dejar de serlo!

Claro que con hombres tan malignos, procedimientos tan poco escrupulosos y un público falto de civismo, y concupiscente, que pasa por estas enormidades como la cosa más natural, es muy difícil hacer imperar la razón y la verdad. Pero por eso no debemos contentarnos con lo que se satisfizo Don Quijote, y hay que obligar á salir á la BESTIA, cualesquiera que sean las conse-

cuencias. Y por eso resulto tan duro contra esas gentes.

Ya sé cómo las gastan esos ministros de la limpieza, como se llama en el *Quijote* por sorna, á los friegaplatos de la cocina de los Duques; ya sé también que, dado el poder que tienen, me pueden destrozar cuando salgan; pero no me importa. Lo único que sentiré es, si por la indignación y amargura que me producen las circunstancias, se me escapa alguna frase incorrecta contra esos moluscos tan adheridos á los tres últimos siglos, que para sacar adelante sus propósitos van, como en este caso, hasta contra la obra redentora de la patria; y que se aprovecharían de mi justo enojo para decir que conmigo no se puede tratar, y justificar el volverme las posaderas.

Pero conste que no quiero ni maltratar ni ofender á nadie, y que lo único que quiero, es poner coto á la audacia de esos *vivos* que no pudiendo sostener aquellas perfidias que usaron contra Cervantes el cura Lope de Vega, el dominico P. Aliaga, el Jesuíta P. Gracián y el benedictino P. Feijó, se valen de estos medios menos brutales pero más arteros y farisaicos y villanos que los que usaron ellos, y que laboran al mismo resultado: á esterilizar el *Quijote*. Y lo quiero sin eufemismos; con sinceridad ruda, pero noble como la que debe usar un caballero, para contrarrestar esas maquinaciones, sinuosidades y picardías de los que valiéndose de la astucia, de la difamación, de la calumnia y de la injuria, y usándolos con solapada tenacidad é hipocresía,

hacen extraviarse á los hombres de buena fe que no tienen medios de distinguir cuáles son los hechos falsos y cuáles los verdaderos, y los engañan á su sabor con hechos, que son argumentos de mucha utilidad cuando se va de buena fe y son ciertos; pero que cuando son falsos, y se usan por Jesuitas y Fariseos, son todo lo contrario.

Por eso yo, que ya no puedo luchar mucho, al resolverme á combatir otra vez con estas gentes, viendo que no he logrado triunfar con los hechos, he pensado en hacer este CATECISMO DE LA DOCTRINA CERVANTIANA, que como ya soy viejo y estoy acabado, será mi postrer trabajo, pero que espero servirá de base para crear, en honra y gloria de España una nueva filosofía muy superior á todas: que estaba latente en la España del siglo xv; que ahogó en germen el Renacimiento; y á que da forma Cervantes en su libro inmortal. Y para hacer más eficaz mi trabajo, publicaré á continuación el reto que hice á Menéndez y Pelayo, y que por no haber sido aceptado mantengo ante sus sucesores, y ofrezco, como un testimonio más de la verdad y la utilidad del *Quijote*, de la lealtad de mis intenciones y de las sinrazones, marañas y medios de que se valen los presuntuosos malandrines obstinados en impedir, que se sientan los efluvios espirituales, y se consigne el lenguaje de las emociones, que hacen vibrar las conciencias, elevan las almas y perfeccionan y engrandecen la humanidad; en la libre lectura del *Quijote*, en que palpita el Genio y el alma de Cervantes.

## PARTE PRIMERA

### SOBRE EL ALCANCE Y FINES EN GENERAL DE ESTA DOCTRINA CERVANTIANA

*Pregunta.*—¿Sois cervantiano?

*Respuesta.*—Sí, por el estudio y por la razón.

*P.*—¿Qué entendéis vos por cervantiano?

*R.*—Hombre que ve en las obras de Cervantes más que un literato que deleita, un filósofo que adoctrina y enseña; y que percibe y practica su doctrina.

*P.*—¿Y cuál es el fin que veis en la doctrina de Cervantes?

*R.*—Estudiar la lucha que hay en la humanidad entre los elementos progresivos y los retardatarios de ella; y dar reglas para corregir y enmendar los errores que existen de presente en la sociedad, y para formar otra sociedad nueva que sea más perfecta y anagógica, para el porvenir.

*P.*—¿Cómo es posible que Cervantes tuviera esa pretensión en aquella España que se creía por encima de todo, asistida con privilegio de Dios y en estado de perfección?

*R.*—Por tres razones: una, porque Cervantes



vivía cuando estaba dando sus frutos la Reforma y vió que los pueblos que se apartaban del Catolicismo Romano, florecían y progresaban, mientras que decaían los que se estancaban en él...; otra, porque las injusticias y atropellos de que Cervantesera víctima, le hicieron comprender que aquella sociedad debía ser reformada...; y otra, porque, con su grandísimo talento, Cervantes percibía dos Españas: la que él padecía, soberbia, intransigente y violenta, que aspiraba á imponer al mundo por la fuerza su modo de ser; y la que él concebía, tolerante, liberal y pacifista, regida y gobernada por la Razón y el Derecho de una manera dulce y nueva, y con precedimientos varios no imaginados de otro alguno.

P.—¿Cómo os atrevéis á formular estas afirmaciones tan contrarias al común sentir de los cervantistas, y que no han percibido ni tan siquiera imaginado, hasta ahora, ninguno de los muchos comentaristas de Cervantes en el curso de los siglos?

R.—Porque el *Quijote* sólo ha sido estudiado con prejuicios y mala fe por parte de los españoles, y con ignorancia del lenguaje que en él campea, por parte de los extranjeros; y por estas causas no ha sido debidamente entendido.

P.—¿Y cómo os habéis dado cuenta vosotros de esto último que afirmáis con tanta certeza?

R.—Porque nosotros vemos en el *Quijote* dos cosas que no se han percibido hasta ahora: una (a), que Don Quijote no sólo es un caballero andante, sino un Redentor que, por encima de corregir yerros y proteger desvalidos, aspira con-

cretamente á formar un nuevo modo de ser social; y la dama de sus pensamientos, el ideal que le inspira, no sólo es una mujer que le enamora, sino un mito: por el nombre, en el aljamiado tan en uso entonces, Alfonsa, por el apellido del latín Laurencius, laureada; por su olor á hombruno, por su fuerza y por su voz, que cuando la emitía desde el campanario de su aldea era oída á gran distancia, poderosa; y que por todo esto y por ser labradora, carácter de España, esencialmente agrícola, es una fiel imagen de nuestra patria: la nación de los Alfonsos, entonces todavía cargada de laureles, fuerte y clerical y que cuando daba una voz, era oída en toda la tierra... otra (b), que lo mismo que hizo Cervantes con éstos, los dos héroes del libro, hizo también con todos y cada uno de los sujetos y de los sucesos que concurren en él, y tienen todos por eso una doble representación, por cuya ingeniosa manera pudo Cervantes desarrollar en el libro dos acciones á la vez: la simple del sentido llano, limpio y literal de las palabras, que es una preciosa novela, y lo único que se ha visto hasta ahora claro; y la profunda que resulta esotéricamente, simbólicamente con esas dobles representaciones que nosotros vemos, y que indudablemente es una maravillosa epopeya, en nuestra opinión, la obra verdaderamente grandiosa de Cervantes.

P.—¿Y por qué afirmáis que sólo ha sido estudiado el *Quijote* con prejuicios ó mala fe, por parte de los españoles?

R.—Porque cuando se publicó el *Quijote*, todos los españoles conspicuos se revolvieron contra él;

y no sólo le negaron todos sus méritos ¡hasta el mérito literario!, sino que maltrataron á Cervantes y al libro de una manera soez, con las más bajas diatribas y más denigrantes epítetos: y esto sólo se pudo hacer, ó por mala fe ó por enconados prejuicios: dado que era imposible desconocer en el siglo de oro de nuestras letras, y por aquellos literatos eximios, las bellezas que en sentido literario contiene el libro. Y, además, porque á la vez que hacían esa labor pérfida, prevaleciéndose de la pobreza de Cervantes, le compraron la propiedad del libro el mismo año que se publicó, y en seguida hicieron, en el mismo año, una segunda edición, y después otras, alterando á su sabor ciertos pasajes que no querían ellos que se percibieran; y tales cosas hicieron, y de tal modo se manejaron, que obscurecieron la edición primera, y que pocos años después, no se acordaba ya nadie, ni de Cervantes ni de su libro inmortal. ¡Así se condujeron con Cervantes los españoles! ¡Y así era Cervantes, según la Academia, página 21, *en todo hijo de su siglo!*

Y, después de esto, cuando gracias al Embajador inglés, en Madrid, y á la Reina de Inglaterra, que vieron en los tipos y juicios del *Quijote* algo espiritual y sublime en él; y que por el entusiasmo que despertó el libro entre los ingleses, revivió el libro, y logró la grandísima fama que ahora tiene; entonces ¡solamente entonces! comenzaron a ponderarlo los españoles; pero con mala fe, pues huían de lo psicológico, de lo espiritual y lo ético, cuyo conocimiento es indispensable para juzgar con acierto un libro tan profundo como el *Qui-*

*jote*, y que además era en este caso lo que había elevado las inteligencias y agrandado los pensamientos que sacaran al *Quijote* del olvido, y causa de que se considerase á Cervantes como un Genio en el extranjero... y en cambio, se agarraron á lo puramente material, á la sencilla trama de la novela, y á la pureza del lenguaje, de que no habían hecho caso las grandes autoridades literarias que les precedieron en el siglo de oro de las letras, y á que se acogían ahora para llamar también á Cervantes Genio, pero sólo del lenguaje castellano; achicando así los motivos que pudieran servir para enaltecerlo, y entorpeciendo y dificultando que se pudieran percibir en España las enseñanzas del que proclamaban Genio los extranjeros.

*P.*—¿Y quiénes fueron los malos españoles que más extremaron estos indignos procedimientos?

*R.*—En lo antiguo, cuando se publicó el libro: el cura Lope de Vega, y el dominico P. Aliaga, y el jesuíta P. Gracián, y el benedictino P. Feijó, que estaban en la cumbre del Poder y fueron contra el humilde Cervantes, soberbios; y en lo moderno, Menéndez y Pelayo, y Rodríguez Marín, que como sólo llegaron á la cumbre á fuerza de habilidades y destrezas, fueron contra el ya vencedor y ya poderoso Cervantes, hipócritas y falsos, taimados y arteros.

*P.*—¿Cómo es posible que hombres ilustrados y venerables hayan hecho á sabiendas esas felonías?

*R.*—Porque esos no son hombres, sino moluscos apegados á los intereses creados, de los que

resisten cuanto pueden que los desapeguen; y porque aun considerados como hombres, no son hombres libres, sino hombres entregados á una autoridad que creen depositaria de la verdad y de la razón, y no quieren ni pensar ni sentir ellos, ni que sienta ni piense nadie, fuera de lo que conviene á esa autoridad; y hacen para conseguirlo toda clase de enormidades lo mismo á la manera brutal de Lope, que á la hipócrita de Rodríguez Marín.

P.—¿Y cómo explicáis eso de que han estudiado el *Quijote* con ignorancia del idioma los extranjeros?

R.—Porque como Cervantes escribía para reformar la sociedad de su tiempo, esto es, contra el altar y el trono, que estaban estrechamente unidos, y la dominaban por completo; y como éstos se defendían con la terrible Inquisición y la rigurosa Censura, que eran sus instrumentos, Cervantes necesitó encubrir sus intenciones y sus ideas para que se pudieran imprimir y circular; y lo hizo por medio de esas dobles representaciones que hemos dicho, disimulándolas á fuerza de ingenio, y utilizando las condiciones y caracteres peculiares de la idiosincrasia nacional y la sabiduría popular en sus locuciones y reconditeces, á que tanto se presta nuestro idioma, tan rico en palabras y frases de doble sentido; y como esto constituye un argot especial que no se aprende en los diccionarios ni se adquiere más que en mucho tiempo de vida íntima, cuando los extranjeros sintieron germinar en los tipos, virtudes y acciones del *Quijote* los más altos pen-



samientos y las más nobles pasiones de su alma y quisieron profundizar el texto, para darse cuenta de ello, no pudieron.

*P.*—¿Tan tiranos y opresores eran el altar y el trono, que necesitaba Cervantes apelar á esos medios para expresar sus ideas?

*R.*—Tanto, que la Censura no permitía imprimir más que lo que les convenía á ellos; la Inquisición castigaba á los infractores, con el tormento y con la hoguera; y ambas juzgaban, no sólo con la razón, sino con prejuicios y distingos y sutilezas.

*P.*—¿A qué llamáis el altar?

*R.*—Al Catolicismo Romano, que entonces monopolizaba en absoluto las conciencias.

*P.*—¿A qué llamáis el trono?

*R.*—A la monarquía, que en la España de entonces absorbía todos los otros Poderes.

*P.*—¿Habían sido así siempre el Catolicismo Romano y la monarquía en España?

*R.*—No; porque hasta la conversión de Recaredo hubo en España libertad de conciencia, y con ella se logró la grandeza visigótica que hizo la rica, poderosa y sabia España de Leovigildo, una desde cerca de Burdeos á Cádiz; desde cerca de Marsella á Finisterre; y sabia, cual demuestran el Breviario de Aniano, el código de Eurico y los libros de San Hermenegildo... Y posteriormente, desde la invasión de los moros hasta 1564, hubo también libertad de conciencia, casi sin interrupción, y en este tiempo y con ese modo, volvimos á ser grandes, con las Cortes y el Justiciazgo, el Cid, Alfonso el Sabio, la conquista

de Granada, el descubrimiento de América y Carlos I.

*P.*—Acaso esa estrecha alianza del altar y el trono que Cervantes quería reformar, ¿no produjo también muchos beneficios á España?

*R.*—Fué lo contrario; porque en cuanto se estableció en tiempo de Recaredo, comenzamos á decaer en tal modo, que un siglo después nos invadieron los moros y en una sola batalla se hicieron dueños del país, desde Tarifa hasta las montañas de Cantabria... Y desde que se volvió á establecer en 1564, cuando fueron declaradas leyes del reino los acuerdos del Concilio de Trento, reinado de Felipe II, volvimos á decaer en tal modo, que en un sólo siglo, llegamos al miserable estado del Jesuita Nithard y Carlos II.

Y como Cervantes era un Genio que se adelantaba á su tiempo, quería evitar esto.

*P.*—¿Hay algún testimonio ó seguro indicio que sirva para demostrar ese disentimiento de Cervantes con la sociedad de su siglo?

*R.*—Sí hay; en primer lugar, porque Cervantes no pudo pasar en lo militar de soldado, á pesar de su grandísimo talento, de su abnegación, su honradez y sus servicios, y aun cuando derramó su sangre por la patria, y que por su linaje pudo ascender á oficial como su hermano Rodrigo; y en lo civil, tampoco pudo subir de los bajos y mezquinos oficios de alcabalero y comisario que tuvo, y ni aun pudo lograr un pequeño destino para América, adonde se mandaban tantos pillos; y en lo social, sufrió injustamente persecución por la justicia; y fué víctima de las excomu-

niones de la Iglesia... Y en segundo lugar, porque con lo que queda dicho que acaeció con su libro, se ve que Cervantes no sólo fué menospreciado en vida, sino escarnecido después de muerto... Resultando una verdad inconcusa, que Cervantes fué muy perseguido y tuvo muchos enemigos y ni una sola persona que lo defendiera ni durante su vida, ni cuando llega con la muerte, la hora de las alabanzas.

P.—Y siendo la idea de Cervantes reformar la sociedad al escribir el *Quijote*, ¿por qué faltó á la verdad y dijo, que el objeto de su libro era deshacer la importancia que en el mundo y en el vulgo tenían los libros de Caballerías?

R.—Esta es una afirmación falsa, esto no lo dijo Cervantes nunca; éste es un punto de los que requieren mayor serenidad y discreción en el *Quijote* para ser explicado debidamente; porque si se dice tan sólo que Cervantes puso eso en el texto para despistar á la Inquisición y la Censura y que dejaran pasar el libro, no se dice más que la verdad á medias, y se dejaría entender que Cervantes fué un fullero vulgar que necesitó recurrir á la superchería y el engaño para salvar su intención. Pero si se dice la verdad por entero, entonces resulta este caso uno de los que paten-tizan, no solamente la doble intención con que escribió Cervantes su libro, sino la ingeniosa y profunda manera con que la consigné.

En efecto: cierto es que en el tomo I dice el texto que este libro *no mira á más que á desha-cer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de Caballerías; y que en el*

tomo II dice también el texto, *que no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballerías*; pero si queremos obrar de buena fe, y estudiar á conciencia esta cuestión tenemos que reconocer que estas y otras palabras no tan terminantes, pero con el mismo sentido de éstas, no las dijo Cervantes, sino que dos entidades creadas por él, como ingenioso recurso para dominar las grandísimas dificultades de la obra que acometía. En efecto: las primeras del tomo I, las dijo un hombre de mundo, gracioso y bien entendido, que puso en escena Cervantes para que le sacara del apuro de exponer en el prólogo, como es uso, el sentido y alcance del libro que no le era permitido declarar; y que gracias á este artificio le sacó, en efecto, haciéndole consignar en el texto como antecedente estas dos afirmaciones: una, que el libro, *todo él*, (el Quijote) *es una invectiva contra los libros de Caballerías* (lo cual es en sentido literal una verdad indudable)...; otra, que *sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta tanto mejor será lo que se escribiere*; y añadiendo como consecuencia... *Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el vulgo y en el mundo tienen los libros de Caballerías*, no hay para qué apurarse... sino *procurar que á la llana, con palabras significantes y bien colocadas salga la obra PINTANDO EN TODO LO QUE ALCANZÁREDES Y FUERE POSIBLE VUESTRA INTENCIÓN, DANDO Á ENTENDER VUESTROS CON-*

CEPTOS. *Procurad también que leyendo vuestra historia el discreto se admire de la invención, etc...*; llevad pues la mira puesta en derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros..., pero no desatendáis eso otro, y si lo *alcanzáredes, no habríades alcanzado poco...* Todo lo cual, puesto uno á continuación de otro en un solo párrafo, y dado que Cervantes sabía como sabemos todos que ya había pasado el gusto y nadie escribía, ni leía libros de Caballerías, no pudo haber sido escrito para declarar que el fin de Cervantes al hacer el *Quijote*, era deshacer la importancia de los libros de Caballerías, sino para decir que éstos le sirvieron de elemento para encubrir y desenvolver en ellos una segunda intención; con el propósito de lograr que hubiera en el libro dos, el puramente literario, que á la llana era un libro contra los de Caballerías, y el que resultaba con palabras significantes, y por medio de la imitación, llevando la mira puesta en los libros de Caballerías, pero dando á entender con palabras de doble sentido, por medio de la imitación, la idea y los conceptos que Cervantes quería consignar: y he aquí que de esta manera resultó hecho el prólogo declarando que hay en este libro dos: el que se lee á la llana, y el que consigna con palabras significativas y por medio de la imitación, la verdadera intención de Cervantes.

Y también es cierto que en el tomo II se ponen esas palabras, transcritas; pero tampoco es cierto que las haya dicho Cervantes, sino Cidi Hamete Benengeli, uno de los muchos autores de los cartapacios que supone Cervantes que exis-



tieron en la Mancha, con distintas historias sobre los hechos de Don Quijote; y como esos autores no pensaban del mismo modo, según el mismo Cervantes dice cuando consigna en la historia de *Don Quijote*, que fué consultando esos distintos cartapacios como hizo él su libro, y más claramente cuando en el tomo I dijo que unos autores sostienen *que la primera aventura de Don Quijote fué la del Puerto de Lapice*, mientras que otros afirman *que la de los Molinos de Viento*: esas palabras son de Cidi Hamete, nada más.

Y así, aunque todas esas palabras subrayadas están en el texto, no son de Cervantes, ni tienen la autoridad de Cervantes; ni expresan el pensamiento de Cervantes, el cual no solamente no dijo eso, ni nada que se le parezca, sino todo lo contrario de eso, como vamos á demostrar.

En efecto: en el primer párrafo del primer tomo, esto es, en lo primero que escribió Cervantes sobre el *Quijote*, declara literalmente que este libro *está lleno de pensamientos varios nunca imaginados de otro alguno*; y como esto no se puede referir al sentido literal que, como es sabido, es un plagio de los libros de Caballerías, estas palabras prueban, que hay un otro sentido oculto en el libro. Declara además á seguido, que su papel en la composición del libro es á semejanza de aquel de quien se dice *que debajo de mi manto al rey mato*; confirmando así que, en efecto, lleva en él una intención oculta. Y en el mismo párrafo afirma que él, *aunque parezco padre soy padrastro de Don Quijote*, esto es, que su colaboración en el texto, no es la del sentido directo;

que el fruto, la procreación, es de otra naturaleza que la que á primera vista parece. Y finalmente, termina el párrafo con estas palabras que no pueden ir más claras y directamente al lector: *tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío... y así puedes decir de esta historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres de ella...* ¿Y qué es esto más que decir que en este libro hay algo nuevo y transcendental que no está en el sentido directo, sino encubierto, y sobre el que hay que discurrir libremente, con libre albedrío, aunque se deduzcan muy extrañas consecuencias?

Pues aún es más explícito y categórico en el tomo II, en el que haciendo tuyas unas palabras de Cidi Hamete Benengeli, dice al llegar al capítulo VIII, literalmente así: *los lectores de la historia de Don Quijote y Sancho, pueden hacer cuenta, que desde este punto comienzan las hazañas y donaires de Don Quijote y de su escudero: persuádeles que se olviden las pasadas Caballerías* (desde el capítulo I al capítulo VIII), *del ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir,* QUE DESDE AGORA, EN EL CAMINO DEL TOBOSO, COMIENZAN COMO LAS OTRAS (las del tomo I) COMENZARON EN LOS CAMPOS DE MONTIEL; palabras que, integradas con las que dijo en el capítulo II del tomo I el propio Cervantes, es á saber: *Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino* (á Don Quijote) *fué la del Puerto de Lápice, otros dicen que la de los Molinos de Viento* (que están ambas en los Campos de Montiel, capítu-

lo VIII), hacen una declaración terminante y sin réplica, de que en este libro hay dos: el que empieza en el capítulo I, que es el del sentido literal, la novela, que no mira á más que á deshacer los libros de Caballerías; y el que empieza en el capítulo VIII, que es el esotérico, en que se realiza la intención oculta por medio de la imitación, debajo del manto de las apariencias... y que hay que discurrir pensando libremente, leyendo el libro con libre albedrío:... que es lo que se quería demostrar.

*P.*—Pues siendo así, mostradnos cuáles son los medios y los modos de que se valió Cervantes para hacer lo epopeya redentora, y crear la doctrina que hay en ella.

*R.*—Para esto necesitamos desenvolver el contenido de la pregunta sexta. Expusimos allí que Cervantes encarnó en Don Quijote una acción noble, generosa y altruista, que con la idea de hacer el bien, se lanza al mundo en busca de ocasiones para corregir y enmendar los errores de aquella sociedad, y hacer triunfar en ella la razón, la justicia y el bien sobre la tierra; y que en Aldonza Lorenzo, su amor, su ideal, encarnó á España. Pues bien, para completar la figura del Redentor, inventó la figura de su escudero Sancho, en la que encarnó una acción egoísta que secunda la acción de Don Quijote al servicio de Dulcinea, pero no pensando en hacer el bien, sino con la mente en su provecho. Y, de este modo, en la entidad caballero andante, encarnó una entidad redentora un elemento en que existe el dualismo humano del bien por el bien (Don Qui-

jote) y del bien por el provecho que produce (Sancho).

Por otra parte, en el compadrazgo del cura y el barbero: de Pero Pérez, doblemente Pedro, emblema del Pontificado Romano, y del que sangra y hace la barba al pueblo, encarnó otra entidad dual, el compadrazgo de los intereses creados espirituales y materiales que hay en la sociedad, esto es, la fuerza de los intereses, ó sean el poder de la inercia y de la rutina, que es, á no dudar, un elemento retardatario de la humanidad.

Y poniendo estas dos entidades duales una enfrente de otra y en pugna, en los dos tomos del libro, le resultó hecha la epopeya con la lucha entre los elementos progresivos y los retardatarios, que dieron con el Redentor en tierra, lo mismo ahora que como los Escribas y los Fariseos con Cristo.

Expusimos también en la pregunta sexta, que Cervantes encarnó en todos los sujetos y todos los sucesos del libro dobles representaciones, y con efecto, en las mujeres representó ideales, en los hombres, en los animales y los objetos, conceptos y organismos; y poniéndolos en contacto con Don Quijote y Sancho, pudo poner los dos elementos de la entidad redentora, razonando y discutiendo sobre los conceptos fundamentales de la vida social, y analizarlos y discutirlos con el criterio de lo espiritual y de lo material, de lo altruista y de lo egoísta, y doctrinar sobre ellos.

Y he aquí confirmado cómo sin dejar de ser el libro una novela admirable en lo literal, es simbólicamente, esotéricamente, una maravillosa

epopeya en que se plantean y solucionan los más graves y trascendentales problemas que pueden surgir en la sociedad; tales son los medios y los fines de la obra de Cervantes ¿ese es su libro!

P.—¿Cómo decís que el cura y el barbero están siempre en pugna con Don Quijote, cuando en el tomo II se desarrolla la acción sin hallarse ellos presentes?

R.—Porque en ese tomo, desde el capítulo VIII, obra siempre por encargo y delegación de ellos y bajo las instrucciones de ellos, Sansón Carrasco, según clara y terminantemente consigna el texto, que por eso le llama *El Caballero de los espejos* y *El Caballero de la blanca luna*, que no tienen luz propia y sólo luz refleja.

P.—¿Y cuáles son los elementos fundamentales de la vida que decís que analiza y discute Cervantes, y sobre los cuales doctrina?

R.—El clero que forma la conciencia, ó sea el hombre interior; los tribunales de justicia, que forman el sentido de lo lícito y de lo ilícito en las relaciones del hombre con sus semejantes: esto es, el hombre exterior; el ejército, que debe ser la garantía de la libertad y de la paz y del respeto mutuo, entre los hombres de bien, para que la Razón y el Derecho hagan libremente y en paz su camino por lo que respecta á la conciencia y á las leyes; y el poder ejecutivo, cuya función es hacer posible la acción de estos fundamentos de la vida social, y mantenerlos en equilibrio y sin perturbaciones, para el bienestar y el progreso del hombre... Y después de esto, la constitución de la familia, la libertad de enseñanza y otras



cosas que pudo tratar dentro de los límites y de los medios que en el corto espacio de un libro le suministraba su ingenio, y que en efecto trata.

*P.*—Pues decid cómo.

*R.*—Podríamos abreviar mucho la respuesta si hubiera sinceridad y buena fe en los que nos han de juzgar; pero no siendo así, no bastará exponer la doctrina, sino que necesitaremos al mismo tiempo razonarla. Y esto es lo que vamos a hacer; pero como dado el estilo de brevedad que tienen estos catecismos no lo podré hacer con la extensión que la trascendencia del asunto requiere, me encomiendo á mis libros ESTUDIO TROPOLÓGICO DEL «QUIJOTE», LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA y PSICOLOGÍA DE LAS NOVELAS EJEMPLARES, donde más largamente se contienen.



## PARTE SEGUNDA

### SOBRE LA REFORMA EN EL ORDEN RELIGIOSO

*Pregunta.*—Decidme cómo quería reformar Cervantes la cuestión religiosa.

*Respuesta.*—La acción esotérica, ó sea la epopeya, comienza en el cap. VIII, según hemos visto; y no hemos de olvidar, para verla siempre, que esto se verifica por medio de dobles representaciones, en las cuales las mujeres son ideales, y los hombres, los animales y los objetos hacen concreciones y organismos.

Pues bien; lo primero que nos muestra Cervantes en oposición á Don Quijote (cap. VIII) es el estado de fanatismo que imperaba en España; y lo hace con los Molinos de Viento, aparatos en que ve Don Quijote un gran enemigo; aparatos que cuando hay calma (cuando están sosegadas las pasiones), no funcionan; pero que en cuanto se revuelven los vientos (en cuanto se alborotan las pasiones), desgraciado será el que se ponga por medio.

La figura es, como se ve, muy exacta, por más que muy inverosímil, literalmente exami-

nada, dado que Don Quijote estaba viendo molinos de viento todos los días. Y siendo ésta la primera aventura de Don Quijote, dice Cervantes que ese sería el primer choque que tendría para su acción redentora; cosa que se confirma atacándolo Don Quijote como su principal enemigo. Y saliendo destrozado y con la lanza rota, reconoce y declara el irresistible poder del fanatismo, y la inutilidad de que quiera luchar de frente con él el Redentor.

Y añadiendo que á seguida desgajó Don Quijote con sus manos una quima de un roble, que es el árbol de la fortaleza, y que fabricó de ella, sin herramienta alguna, otra lanza (cosa que literalmente leída no tiene sentido, más aún, es imposible); y que se dispuso á continuar la lucha, prescindiendo de los Molinos, declara Cervantes esotéricamente la naturaleza y condición de las armas de la fortaleza que emplea en la lucha redentora, y que no atacará más al fanatismo de frente para vencer en ella.

Y con efecto, apartándose de los Molinos y volviendo á su camino, asomaron por él unos frailes y una señora rica á la que acompañaba Sancho de Azpeitia. Y siendo Sancho una locución con que se designaba al pueblo; y Azpeitia la cuna de San Ignacio; y estando Sancho de Azpeitia al servicio de una señora rica, de un ideal que tiene mucho dinero, cualidad que corresponde á la Compañía de Jesús que, como todos sabemos, pone sus servicios al de las clases adineradas, resulta Sancho Azpeitia una perfecta imagen de los Jesuitas.

Y haciendo de modo que vienen a las manos, de una parte Don Quijote y de otra los frailes y Jesuitas, que son milicias de la Iglesia, para luchar en defensa del Catolicismo Romano, nos ofrece Cervantes el caso de que Don Quijote va á proseguir luchando, no ya contra el fanatismo, sino contra las Órdenes religiosas de nuestro país, donde, como es sabido, campaban los frailes y los jesuitas.

Y añade que los frailes huyeron, y que quedó entablada la lucha entre Don Quijote y Sancho de Azpeitia; y que fué éste vencido a pesar de la ayuda de la señora rica, que le dió su almohada, y de las oraciones de ella y de los que la acompañaban.

Y con estas ingeniosas maneras ha consignado Cervantes una enseñanza; es á saber: que lo primero con que tiene que combatir el elemento Redentor para hacer el bien social, es con el fanatismo; pero no atacándole de frente, lo cual ha visto que no da resultado, sino en sus mantenedores, en sus organismos; y que haciéndolo así denodadamente y sin miedo, los más tenaces en la lucha serán los jesuitas; pero al final es seguro el triunfo sobre el fanatismo.

Después de esto, en el capítulo siguiente, presenta Cervantes á Don Quijote pronunciando un discurso maravilloso entre los pastores que están sentados á la redonda: y como los sacerdotes son en todas las religiones pastores de almas; y como eran seis los que estaban allí; y eran seis las razas que entonces se creía que poblaban la tierra en toda su redondez; y como el discurso lo pro-

nuncia Don Quijote teniendo en la mano un puñado de bellotas, que es el fruto del árbol símbolo de la fortaleza; y como el sentido del discurso, es la edad de oro y la felicidad del hombre sobre la tierra, resulta muy transparente y elevada la intención que preside en este conjunto de circunstancias, es á saber: que Cervantes está exponiendo ante toda la humanidad, el modo de resolver la cuestión social, sustituyendo al fanatismo religioso el amor á la madre tierra, y la igualdad de los hombres sin monopolios ni privilegios.

El discurso es, no sólo para todas las razas, sino anagógico; esto es, para todos los grados de progreso pues abarca todos los aspectos base de la cuestión social en lo económico, en lo moral, en la justicia, en la paz, etc., etc., y tiene una profundidad y un alcance tales, que necesitaría yo largos razonamientos para exponerlos. Pero el mismo texto concreta la cuestión que va á tratar al punto de vista religioso C. A. R. haciendo que tome la palabra Pedro, emblema del Pontificado Romano y que se fije la conversación en Grisóstomo, de quien se hace por el nombre, por el nacimiento, por la educación y por la manera de su vida, una exacta y fidelísima representación de San Juan Crisóstomo, reconocido y proclamado como uno de los más famosos padres de la Iglesia Romana. En efecto; en el nombre no cabe mayor semejanza; y en cuanto á lo demás, lo mismo: pues Grisóstomo es natural de aquellas *Sierras*, y San Juan Crisóstomo nació en *Siria*; su padre era noble, y el del Santo era Centurión romano; estudió en Salamanca el uno, y el otro



en Atenas, y ambos con opinión de sabios, y ambos con fama de saber lo que pasa en el cielo; el uno, enamorado de Marcela, muda de traje y se hace pastor; y el otro, enamorado del Cristianismo, cuelga sus hábitos y llega á ser más que pastor guía de la Iglesia: y de este modo resulta que lo que está haciendo ahora Cervantes es preparar una solución al problema religioso. Y para esto idea el siguiente artificio: que Grisóstomo, representación de los Padres de la Iglesia, se enamora de Marcela (Marceli Espejo del cielo) que no tiene padre ni madre, y que se crió en poder de un sacerdote sin otra autoridad que la de su propia virtud; y que creció tan hermosa, que los más que la veían quedaban prendados de ella, y á los pocos años nadie la miraba que no bendecía á Dios; y que se hizo pastora al cuidado de su rebaño de cabras (que es animal que pace mirando al cielo); y que vivía independiente y libremente en plena naturaleza, sin esquivar el trato con los pastores, ni melindres ni ceremonias, en compañía de otras doncellas, sin codiciar bienes ajenos, completamente pura y honesta, y contemplando la hermosura de la Creación y la grandeza del Cielo... y de la que por todas estas cualidades y conexiones hace imagen del primitivo ideal cristiano, no engendrado en un dogma, sino libre y puro en la naturaleza, con el bien y la virtud por norma, en compañía de todas las ciencias y todas las religiones; sin codiciar los bienes temporales; en perfecta independencia, y sin preocuparse de las categorías, ni del poder, ni de las riquezas de la tierra.

Y he aquí el problema que plantea: enamorado Grisóstomo de Marcela, cree que la debe sujetar á su voluntad por medio del matrimonio, para que no se perturbe y extravíe en aquella libertad en que vive, y para que sea eterna en la memoria de las gentes; con lo que resulta una figura muy bien ideada para representar lo que aconteció con el primitivo Cristianismo, que fué sujetado por los Padres de la Iglesia en su voluntad por medio del dogma. Tal es la cuestión.

Y con la negativa de Marcela á dejarse sujetar, y la polémica crítico-metafísico-apologética que resulta, y que en sentido literal parece una impertinencia absurda y ridícula en boca de una pastora, queda planteado uno de los más hondos problemas del Cristianismo: el de la razón ó la sin razón, de la conveniencia ó la inconveniencia de que haya libertad del pensamiento, ó de que se hagan leyes ú organismos de autoridad que determinen hasta qué punto es lícito ó ilícito, útil ó inconveniente la libertad de pensar.

Todos sabemos cómo resolvieron los Santos Padres de la Iglesia este problema: formulando un dogma. Mas declarándose Don Quijote en favor de Marcela y marchando en pos de ella, proclama Cervantes las excelencias de la libertad que ha defendido Marcela, y doctrina con ella.

Sigue diciendo el texto, que obligado á detenerse Don Quijote por la necesidad de sustento; y saliendo al paso las pasiones materiales de la naturaleza y de la vida, en la aventura de los Yangueses, no pudo proseguir hasta Marcela, y fué á pesar suyo á parar á Maritornes: moza asturia-

na, de nariz roma, de siete palmos de altura, casi ciega, que miraba al suelo más de lo que ella quisiera, y que estaba atendida á la paga en la venta; y que por todas estas concordancias de creerse á Asturias cuna de la reconquista cristiana; de ser, según Roma, todo lo que espiritualmente se percibía en España; de ser 7 número sagrado en el cristianismo, y ser en él ciega la fe; y en fin, de las circunstancias de la Iglesia que en efecto miraba demasiado á los intereses de la tierra, y traducía en salarios y propinas sus servicios; así como por su nombre Maritornes, María te vuelvas, que corresponde perfectamente al modo de ser del Papa Borgia y del clero, tan desmoralizado en aquel tiempo... resulta una buena representación del Catolicismo Romano en el siglo XVI.

Y he aquí cómo va consiguiendo Cervantes, por medio de analogías y concordias, tropos y emblemas hechos con seres activos, y valiéndose de la imitación en las dobles representaciones, que esta novela sea también una epopeya donde se enseña: 1.º que la religión debe ser como el primitivo cristianismo, libre en la naturaleza, según dice Marcela; 2.º que fué mala y contraproducente la obra de los Santos Padres; 3.º que esta no se pudo evitar, porque se interpusieron las pasiones é hicieron que en vez de proseguir la Redención por el camino del primitivo Cristianismo, fuese á parar en el Catolicismo Romano.

II. Sigue diciendo el texto lo que acontece entre Don Quijote y Maritornes, y completa la enseñanza de este modo: en el amancebamiento de Maritornes y el traficante arriero, representa

el contubernio entre la Iglesia y los traficantes de piedad. Y llevando la acción de modo que se interpone Don Quijote entre ambos para retener á su lado y con sus nobles y altos pensamientos á Maritornes, la pone solicitada por la virtud y el vicio. Y con aquella tremenda trapatiesta que sucede, en que todos se golpeaban tan sin compasión que no dejaban cosa sana, hace una imagen de las espantosas guerras que surgieron en Europa por causa del modo de ser de la Iglesia, reflejado aquellos días en el tráfico de las indulgencias. Y haciendo intervenir al cuadrillero que para hacer luz tuvo que acudir á las brasas de la chimenea, y que dió un candilazo con aceite hirviendo á Don Quijote, dejándole á obscuras y en silencio de muerte, representa las funestas consecuencias que trajo á España el Catolicismo de las brasas y hogueras de la Inquisición. Resultando de todo, que el Catolicismo Romano fué causa de que se malograra la Redención cristiana.

III. Y acordándose Don Quijote en aquellas pavorosas circunstancias del bálsamo de Fierabrás para poner remedio á tantos males, y siendo Fierabrás en los libros de Caballerías un gigante conquistador de Roma y de Jerusalén donde recogió el bálsamo con que se restañaron las heridas de Jesucristo, este recuerdo es, una apelación que hace Cervantes al espíritu cristiano para ver de corregir los errores del Catolicismo Romano, y que Cervantes quiere examinar ese caso. Y que esto es así, lo comprueba que los ingredientes con que se fabrica ese bálsamo son romero, aceite, sal y vino, diciendo muchos paternosters y

avemarias, salves y credos, acompañados con bendiciones: usos todos de la Iglesia de Cristo.

Ahora bien, el resultado de esta prueba fué que Don Quijote lo vomitó todo, pero se sintió poco después dispuesto á proseguir su obra; y que Sancho antes de arrojarlo estuvo á punto de perder la vida, y luego de vomitarlo quedó quebrantadísimo y maldiciendo del bálsamo... Y resumiendo todos estos sucesos y haciendo con ellos un período, resultan bajo el velo de figuras que encarnan organismos é ideales, estas enseñanzas: 1.<sup>a</sup> que el primitivo Cristianismo era un elemento de redención en la humanidad; 2.<sup>a</sup> que el Catolicismo Romano, el Cristianismo tal como era en España cuando escribía Cervantes, produjo grandísimos males; 3.<sup>a</sup> y, finalmente, que con los elementos que usa la Iglesia en el Catolicismo Romano, es imposible que pueda servir el Cristianismo para la redención humana.

*P.*—Según eso, ¿vosotros creéis que Cervantes, establece en una diferencia palmaria, y hace una especie de antítesis entre Catolicismo Romano y Catolicismo Cristiano?

*R.*—Esto es indudable y á tal punto, que Cervantes que hizo con Don Quijote y Sancho una entidad redentora héroe de la epopeya con las propiedades del dualismo humano; y que matizó esta dualidad en antítesis de apariencias exteriores y de rasgos espirituales con que los caracteriza según hemos visto, se vale de estos dos términos para perfeccionar esos dos elementos del Redentor en un todo homogéneo: y así dice que Sancho es un creyente en Dios según *lo que tiene*

*y cree la Santa Iglesia Católica Romana* (que dice el texto), y que Don Quijote es un creyente en Dios, *Cristiano Católico y andante Caballero atento á la gloria de los siglos venideros*, esto es, un Cristiano Católico con la mira puesta en lo porvenir.

*P.*—¿Pero eso es hacer de Cervantes un Protestante más?

*R.*—No; los protestantes no acertaron á resolver el problema social: los protestantes fueron un progreso, pero no una solución. Y Cervantes vió mucho más y mucho mejor que ellos y la dió, como se verá claramente al terminar este Catecismo. Eso es en el orden filosófico-religioso, sostener la teoría del derecho á la vida que tienen todas las doctrinas, y de que nadie debe ni puede estorbar por la fuerza el desarrollo natural de ellas; y en el orden histórico-religioso, eso es sencillamente renacer el criterio puramente español de los siglos XIV y XV hasta el Cardenal Cisneros, criterio muy bien revelado en la conducta del Cid en Roma según el Romancero, y que por desgracia para la humanidad, no se llegó á desenvolver.

*P.*—¿Y no trata Cervantes más asuntos sobre la cuestión religiosa?

*R.*—Sí trata, pues es á ella á lo que consagra más atención en su libro; así, por ejemplo, concretándose á los casos en que más se transparentan sus ideas, tenemos: en la aventura del cuerpo muerto que traen los sacerdotes á enterrar á Segovia (una de las que están más alteradas en el texto), ridiculiza el culto externo y se burla de



las excomuniones; cuando Don Quijote quiere rezar en Sierra Morena (también de lo más alterado), hace un sarcasmo con el rosario; en la réplica al capellán de los Duques, pone en evidencia y fustiga la intransigencia del Clero; en lo del Verde Gabán, condena el exclusivismo teológico; en el gobierno de Sancho, demuestra la incompatibilidad del Catolicismo Romano (Pedro Recio de Agüeros de Tirteafuera) con el gobierno del pueblo por el pueblo; con lo de Ricote y la sima, patentiza los males que origina el no adoptar la libertad de conciencia, etc... pues todo obedece en el *Quijote* á un sistema. Pero por tratarse de casos particulares, no los analizo y me remito á mis libros, donde más largamente se contienen.

*P.*—Y en resumen, ¿qué deducís vosotros, los cervantianos, de todo esto?

*R.*—Que Cervantes creía como los reformadores del siglo XVI, que el Catolicismo Romano de su época tal como subsiste todavía en esta desgraciada España, es funesto; pero que Cervantes pensaba más elevada y hondamente y con mayor talento que esos reformadores, y vió una fórmula de mayor perfección; y dijo que la Religión no puede ser forma, rito y dogma como ha sido hasta ahora en todas las naciones de la tierra; que la Religión tiene que ser ciencia libre en la contemplación del cielo y la vida de la naturaleza, para estudiar libremente y científicamente las manifestaciones del alma, los fenómenos espirituales, los hechos del espíritu, que relacionados con los hechos materiales, conducirán

al conocimiento psicológico y fisiológico de la obra de Dios: del mismo Dios.

Esa es la obra de Cervantes: que la religión sea en todas partes una, como la ciencia; y que los sacerdotes no serán más ungidos, sino maestros; y que los hombres seamos todos iguales ante Dios; ¡con lo que no habrá ni reyes ni pueblos que invoquen al Dios de las batallas, y no habrá más cuestiones y guerras religiosas!

ESA ES LA OBRA DE CERVANTES EN LO RELIGIOSO»

## PARTE TERCERA

### SOBRE EL MODO DE REFORMAR EL EJÉRCITO

*Pregunta.*—Decidnos cómo cree Cervantes que debe ser el ejército.

*Respuesta.*—Tres son los artificios que utiliza principalmente para dictar estas enseñanzas: el primero, la aventura de las manadas de ovejas y carneros; el segundo, el discurso de las Armas y las Letras; y el tercero, haciendo intervenir á Don Quijote entre los pueblos que se batían por los rebuznos de sus autoridades.

I. En el primero supone que aparecieron ante Don Quijote y Sancho dos rebaños, y que al verlos se representaron en la imaginación de Don Quijote dos numerosos ejércitos, que según la descripción que de ellos hace el texto, son los dos mejores ejércitos de aquel tiempo. En efecto, en el uno manda el Señor de las tres Arabias, que trae por escudo una Puerta, y está formado por diversas naciones orientales árabes, númeridas, persas, etiopes etc.; el otro está mandado por Pentapolín, y lo forman los del Betis, los del Tajo, los del Pisuerga, los del Pirineo, los del Apenino..., todo

lo que en sí encierra Europa; el uno, es el ejército otomano, que después de apoderarse de Constantinopla (la Sublime Puerta), amenazaba invadir Europa; en el otro, son los ejércitos que bajo la dirección de España les cerraron el paso en el Danubio y en Lepanto. Y he aquí cómo hay en estos sucesos, representadas dos acciones, la que está á la vista, y la que se verifica en la imaginación de Don Quijote.

En la reunión de los dos rebaños, vió la imaginación de Don Quijote el choque de los dos ejércitos que se acometen; y sintiéndose Don Quijote arrastrado á tomar parte en la lucha, carga y entra haciendo estragos entre sus enemigos: *seguidme*, dice al acometer, y *veréis cuán fácilmente doy á Pentapolin venganza de su enemigo Alifanfaron*: fijando de este modo que la acción principal en estos sucesos, es la de los dos ejércitos.

Los pastores que le ven destrozando los rebaños, le disparan piedras con sus hondas y le magullan; y viéndose Don Quijote maltrecho, se acuerda del bálsamo de Fierabrás que consigo lleva, y lo bebe; pero una de las piedras le rompió la alcuza, otra dió con su cuerpo en tierra y allí se quedó destrozado. Acercósele Sancho y al mirarle en la boca el daño que le han hecho, se vomita Don Quijote y le embadurna; Sancho se asquea y se vomita á su vez sobre su amo y quedan los dos asquerosos y repugnantes. Acude entonces Sancho á buscar en la alforja con qué limpiarse, y ve que se la han robado; y estuvo á punto de perder el juicio.

Ahora bien; está clarísimo y no se puede por

menos de reconocer, que hay aquí dos acciones: la puramente externa que realiza el loco Alonso Quijano el Bueno con las manadas de ovejas y carneros, que constituye una novela; y la que tiene lugar con esas dobles representaciones del Caballero andante Redentor, Don Quijote y Sancho; y con los dos ejércitos más formidables del mundo; y con el bálsamo de Fierabrás, que es la epopeya y que lleva la acción principal según hemos visto; y que se desarrolla de la siguiente manera:

En el hecho de compararse y confundirse en la mente del Redentor los mejores ejércitos de su tiempo con manadas de ovejas y carneros, nos dice Cervantes cuál es la opinión en que tiene al ejército tal como estaba constituido ética y moralmente en la sociedad de su tiempo.

En el hecho de tomar el Redentor parte en la lucha de esos los más buenos ejércitos, y quedar por los suelos descalabrado, asqueroso y repugnante, dice cuáles son los desastrosos efectos que producen esos ejércitos para la Redención.

En el hecho contraproducente del alivio que buscaba el Redentor con el bálsamo de Fierabrás, dice que con los ejércitos constituidos como los de su tiempo no sirve de nada bueno el espíritu Cristiano, sino que, por el contrario, todo lo empeora y agrava.

Todo lo cual puede resumirse en esta conclusión: que los ejércitos tal como vienen organizados en su moral y su ética y su finalidad, desde Alejandro y Carlos V (Pentapolín) hasta nuestros días son como manadas de corderos, y elemen-

tos perjudiciales para regenerar la humanidad.

II. En el segundo, por medio de aquel maravilloso discurso que pronunció Don Quijote vestido de todas sus armas á la hora de la cena, y ocupando la cabecera de la mesa; momento solemne que recuerda al que eligió Jesucristo para dar reglas de conducta á sus discípulos, y en el que pasa á decir Cervantes cómo debe de ser el ejército: y al efecto, hace una afirmación, aporta una idea completamente nueva, no solamente entonces, sino todavía hoy, al cabo de tres siglos de civilización y progreso; es á saber: que el ejército debe ser la primera de todas las instituciones sociales, porque su misión tiene que ser garantizar la paz, pero no la paz Octaviana, la paz del silencio que impone la voluntad ó la ley del Fuerte (que es como se ha entendido hasta ahora la misión del ejército), sino la paz del respeto mutuo entre los hombres de bien: la paz que predicó el primitivo cristianismo, y que no ha sido comprendida hasta ahora todavía: la paz de la libertad de los hombres de buena voluntad, cualesquiera que sean sus ideas político-religiosas, para que libres la inteligencia y la voluntad, de la presión de la Fuerza bruta, hagan los ideales su camino libremente y en paz, por medio de la Razón y del Derecho...; esto es, que el ejército debe ser una institución privilegiada, pero no para excitar el valor y la disciplina, á fin de lograr la Hegemonía de la Fuerza y con ella el predominio de las razas y la grandeza de las naciones como se ha creído hasta ahora, sino para que se haga en la paz y la libertad la Hegemonía de la Sabidu-



ría y de la Virtud y con ellas el verdadero progreso y el bienestar verdadero del hombre sobre la tierra. Tal es la teoría Cervantiana sobre lo que debe ser el ejército; una teoría que coincide con la que ahora existe, por cuanto en ambas debe ser el ejército la garantía de la paz y la salvaguardia de la Ley, pero que es completamente distinta, en cuanto lo son la naturaleza de la paz y el sentido de la Ley que en ambas teorías han de sustentar los ejércitos; pues según los legisladores y filósofos hasta nuestros días, el ejército debe hacer la paz sosteniendo, en el interior el principio de autoridad para imponer la Ley, sea como sea, y en el exterior el derecho de conquista: y esa paz puede ser en el interior una tiranía; y en el exterior, el medio de dominar á todos por la conquista, como en tiempo de Octavio, ó para conseguir una tregua con que rehacerse y lograr la revancha, ó hacer la conquista mejor; mientras que en la teoría Cervantiana se trata de una nueva visión de la paz de la Razón y el Derecho, que los legisladores y filósofos han considerado hasta ahora una utopía: y esta visión nueva, es la realidad Cervantiana, es el nuevo ciclo en que ha de hacer Cervantes entrar á la humanidad.

III. Para demostrar Cervantes que su teoría no es utópica, sino práctica y hacedera, discurrió el tercer artificio, é ideó aquella preciosa y profundísima sátira de los pueblos que se batían por los rebuznos de sus autoridades, y dispuso que se interpusiera Don Quijote entre los combatientes para corregirles sus errores y adoctrinarles so-

bre las causas por las que se deben batir los pueblos; esto es, sobre los fines que debe desempeñar en la sociedad el ejército.

La aventura es graciosísima; la sátira verdaderamente ática, y con ella hace estas declaraciones transcendentales: las cosas por las que se pueden tomar las armas y poner en riesgo las personas, vidas y haciendas, son: la primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender la vida; la tercera, en defensa de la honra, de la familia y de la hacienda; la cuarta, en servicio del rey *en la guerra justa*, y si quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda), en defensa de la patria. Y á estas causas capitales, añade, se pueden agregar otras que sean justas y razonables.

*P.*—¿Y qué quiere decir Cervantes con eso de la fe católica, que en el verdadero y recto sentido de esta palabra equivale á decir fe universal?

*R.*—Fe católica entre los Católicos Romanos y algunos escritores Protestantes, es una abreviatura que se emplea de una manera convencional para indicar fe católica, apostólica, romana; pero que en este caso no se puede entender así, porque en primer lugar, admitiendo que Cervantes dice que se debe usar de las armas para defender una fe dada, se echa por tierra todo el discurso de las Armas y las Letras, lo que no debe hacerse, habiendo una interpretación de concierto más lógica y natural...; y en segundo lugar, porque en muchos pasajes del libro, Cervantes diferencia con mucho conocimiento el significado de las palabras católico-romano y católico-cristiano, según por ejemplo queda dicho, páginas 53 y 54...;

y en tercer lugar, porque Cervantes no podía decir á las claras en la España que acababa de declarar leyes del Reino los acuerdos del Concilio de Trento y que se gobernaba con la intransigencia y la Inquisición, que el ejército debía defender la fe universal, y tuvo que decirlo de esa manera. Y así puede afirmarse que donde dijo fe católica, debe leerse fe universal, el sentimiento de la fe religiosa en el universo, sin sujeción á ningún dogma, esto es, la religión ciencia, estudio de la superexistencia del alma y de lo que llamamos Dios por los hechos en que se manifiestan, y por la libertad de conciencia: un concepto nuevo, una nueva filosofía que aporta Cervantes al mundo para bien de la humanidad.

*P.*—¿Queréis decir con esto, que el ejército ha de imponer con las armas la fe religiosa, ó ha de proscribir con las armas el ateísmo?

*R.*—De ninguna manera; sino que el ejército debe resistir con las armas, que se constituya un Estado en que se detente el respeto á las opiniones ajenas, la fe universal, la fe científica (léase bien, no la fe dogmática) en la cuestión religiosa; con lo que será el ejército una garantía para la Verdad y la Razón, dado que los hechos por los que se manifiestan el alma y lo que llamamos Dios, no tienen como los de la física, la mecánica, etc., el contraste del peso, la medida y el movimiento que hablan á los sentidos de una manera inequívoca, y necesitan por eso inexcusablemente estar garantizados en las leyes por la libertad, contra las asechanzas del fanatismo y de la perfidia.

*P.*—¿Y cómo concretáis estos preceptos con relación á los que están hoy en uso, y á una aplicación práctica de la vida social?

*R.*—Diciendo: que el ejército debe obedecer ciegamente, sin vacilaciones ni réplicas, para defender la libertad de conciencia, la patria, la vida, la honra, la familia y la propiedad; pero en todos los demás casos, solamente con obediencia debida, esto es, en lo que sea razonable y justo; para lo cual doctrina Cervantes, que la primera de las virtudes militares, es la de la fortaleza.

*P.*—¿Y creéis esto posible sin que cayéramos en el militarismo?

*R.*—Sí; este sería un nuevo progreso ético y moral; del mismo modo que la desaparición de la poligamia y de la esclavitud, sin que se hundieran las esferas! Establecido este concepto del deber social; enaltecido y dignificado el ejército, su papel sería como el de las damas de servicio muy obedientes y respetuosas con sus amos, pero que no les sacrifican ni su dignidad ni su honra; sería como el de los hombres C. A. R. que obedecen y respetan y guardan todo género de consideraciones á su confesor, pero que no se les deben someter inconscientemente, ni obedecerle ciegamente según la misma Iglesia enseña.

*P.*—¿Y en resumen, qué deducís vosotros los Cervantianos de todas estas enseñanzas?

*R.*—Que cuando estas doctrinas de Cervantes encarnen en la sociedad, se transformará el Derecho, porque desaparecerán los ejércitos máquina, brazo del Poder al servicio del que paga y manda, que lo hace ahora instrumento de sus

intereses y de su voluntad, con el principio de la disciplina y de la obediencia ciega; y que son por eso causa eficiente de las guerras hasta nuestros días; y en cambio, surgirá un nuevo modo de ser del ejército, que no será ni del Rey, ni del Gobierno, ni del Pueblo... sino de la Paz: sino una fuerza organizada por el Estado, para que nadie, sea quien sea, sea Rey ó sea Roque, pueda imponer á los demás ni sus intereses, ni sus ideas, ni sus pasiones; y entonces libres de la presión de la fuerza, la Virtud y la Sabiduría, podrán hacer libremente y en paz su camino la Razón y el Derecho.

*P.*—¿Y qué ventajas inferís vosotros que pueda producir todo esto á la humanidad?

*R.*—Que sobrevendrá un nuevo ciclo social, en el que el ejército no será nunca instrumento del egoísmo ni de la ambición de los que mandan, ni de la falsa gloria de los pueblos: y desaparecerán todas las creaciones de la Fuerza é imperarán las del Derecho, pues el ejército será la sangre y el nervio del Estado al servicio de la observación y la ciencia de los hombres de bien; y dejará de ser un ideal de las naciones la guerra de conquista en el exterior, y en el interior será el ejército garantía de la libertad política y de la libertad religiosa... ¡Y llegaremos por este medio al purísimo y nobilísimo ideal de la Paz universal!, bien supremo, predicado por todos los fundadores de religiones, y por todos los filósofos eminentes: aunque considerado por todos los que les sucedieron como una utopía; pero que será una realidad mediante esta doctrina Cervantia-

na... ¡¡Decid ahora ¡oh vosotros! los que al frente de los periódicos, y desde las Academias, y desde el Gobierno hacéis la opinión y las costumbres y las leyes, si esta doctrina merece el desprecio que de ella hacéis, según se patentiza en el prólogo!!

ESO DICE CERVANTES QUE DEBE SER EL EJÉRCITO



## PARTE CUARTA

### SOBRE CÓMO DEBE DE SER LA MONARQUÍA

*Pregunta.*—Decidme cómo cree Cervantes que debe de ser la monarquía.

*Respuesta.*—Para consignar esta enseñanza, se vale Cervantes de estos tres artificios: 1.º, de la aventura del que venía por el camino real y traía en la cabeza una cosa que relucía como si fuera de oro; 2.º, de los sucesos de la Venta donde don Fernando, señor de aquellas tierras de Andalucía, país de los Vándalos, lo dirige y lo gobierna todo; 3.º, de lo que acontece en casa de los Duques, señores de aquellas tierras de Aragón, el país del Justiciazgo, en donde pone además lo del Gobierno de Sancho.

I. En lo primero supone que por el camino real venía montado un sujeto que traía en la cabeza una cosa que relucía como si fuera de oro; y dice que se entabló discusión sobre estos dos contrastes: si aquello que relucía como oro era yelmo de Mambrino, ó bacía de barbero; y si la cabalgadura era caballo rucio rodado (que otros dicen castaño dorado) ó asno pardo: y como la es-

cena se verifica sobre el camino real, la corona de oro sobre la cabeza es emblema de realeza; el yelmo de Mambrino es signo de dominación y poderío, y la bacía de barbero es objeto que se usa para sangrar y hacer la barba al pueblo; y, por último, como el caballo es la montura de los caballeros y el asno de los villanos, es indudable que se está planteando aquí el contraste que ofrece la monarquía considerándola con el criterio optimista y de la ilusión de los que la creen buena, ó con el criterio de los que la juzgan mala y perjudicial; y en la cual antítesis, Don Quijote que es la parte espiritual (el bien por el bien) del elemento Redentor, juzga que lo que reluce en la cabeza es yelmo y que la montura es caballo, esto es, que la monarquía es una institución poderosa y noble; y Sancho, que es la parte material de ese elemento (el bien por lo que produce) la cree mala y villana para el pueblo... Y es de notar que sosteniendo cada uno su opinión, concluye por afirmar Don Quijote después de lo aducido por Sancho, que no cabe duda de que lo que como oro relucía es yelmo, de que la monarquía es una institución buena; pero que es evidente también...; *sabes lo que imagino, le dice á Sancho, que esta famosa pieza debió de venir á manos de quien no supo conocer su valor; y viéndola de oro purísimo, debió fundir una mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero como tú dices...; pero sea lo que fuere, que yo la aderezaré de suerte, que no le haga ventaja...* ninguna cosa.

Tal es el final de la discusión; y en verdad que

el hecho no necesita mucho comentario. Cervantes dice de una manera clara y comprensiva con ayuda de estas alegorías que son luz interior en lo que va escribiendo, que la monarquía es indudablemente una institución buena; si bien hay casos en que los soberanos se han entregado á especulaciones para su provecho, más que entonces, sólo sirve la monarquía para sangrar y hacer la barba al pueblo; pero que él dirá la manera, y dará reglas, para que la monarquía sea una institución perfecta.

Y, con efecto, prescindiendo de detalles que redondean la enseñanza, pero que no la hace variar en su esencia, he aquí cómo desenvuelve la idea, diciendo en el mismo capítulo: como variando la conversación, dijo á Don Quijote, Sancho, si no sería mejor que en vez de buscar aventuras se fueran á servir á *algún emperador ú otro príncipe grande*, que viendo las excelentes cualidades de Don Quijote, seguramente *nos habría de remunerar á cada cual según sus méritos*. Y Don Quijote le contesta: *No dices mal, Sancho, mas antes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo buscando las aventuras, para cobrar nombre y fama tal, que cuando se fuera á la Corte... todos le sigan y todos digan: éste es el que venció... éste es el que desencantó... é irán así pregonando sus hechos...* y entonces el Rey tendrá que llamarle; y cualesquiera que sean sus gustos darle su hija; y cuando no, *aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto me diere*, y de hacerte merced como á buen escudero. *Eso pido; y á eso me atengo*; exclamó Sancho... *Hágalo Dios*, res-

pondió Don Quijote... *y ruin sea quien por ruin se tenga*; palabras é idea que recuerdan: el famoso «nosotros que somos tanto como vos, etc».

Y he aquí cómo hay en toda esta urdimbre ingeniosa, además de lo literal, un principio de unidad que armoniza todos los sucesos á un fin que es la expresión de una teoría nueva en la que se abren nuevos derroteros y se dan reglas para que los Gobernantes y los Gobernados puedan formar un nuevo modo de ser de la Monarquía: diciendo á los Reyes, que no son un Poder delegado de Dios que puede imponer su criterio y su voluntad á los pueblos; sino que tienen el deber de estatuir la legalidad de todas las opiniones por extravagantes que les parezcan, á fin de que se puedan dar á conocer los hombres aptos donde los haya; y para otorgar el Poder á los que pongan de su parte la opinión pública...; y diciendo á los súbditos, que no se deben atener á pedir de grado lo que pueden obtener del Derecho; que es un error el sistema de solicitar el Poder como favor del Rey, así como la creencia de que el mejor modo de gobernar es coger la *Gaceta*; y que, por el contrario, el acierto estriba, en hacer propaganda para vencer las resistencias y ganar la opinión, para que de ese modo pueda ser la monarquía como el fiel de una balanza que cae del lado de la voluntad nacional (que como todos sabemos, no es el vocerío de más ó menos amañadas multitudes; y que es necesario mucha observación y mucho estudio y mucha voluntad y buen sentido, para llegar á conocer bien). Y ese es el papel del Rey, según Cervantes.

Tal es la teoría de Cervantes: teoría que en aquel tiempo era una concepción atrevidísima, y que en tres siglos de progreso no ha podido encarnar en nuestra patria, donde el Rey lo es todavía por la gracia de Dios, y motor del mecanismo social y jefe del ejército y de los magistrados; y en que los hombres más avanzados, como Sagasta, Canalejas, López Domínguez, Romanones..., así como los republicanos, casi sin excepción, desde Ruiz Zorrilla hasta los que ahora pululan, han practicado como la mejor política, la que lleva á sus manos la *Gaceta*, sea como los primeros arrastrándose ante el Rey, sea invocando la Fuerza y apelando á conspiraciones militares para derrocarlo.

Tal es la teoría monárquica que opuso Cervantes á las monarquías absolutistas y de derecho divino. Y á la que se van aproximando en nuestros días los pueblos que sincera y honradamente cultivan las monarquías constitucionales; pero que únicamente llegarán á ser como predicaba Cervantes, cuando no intervengan ni mucho menos se impongan los Reyes en las funciones de la religión, del ejército, de la justicia; y en vez de ser un Poder personal, sea un Poder colectivo, sin otras funciones propias que la de oír y ligar á todos y atender la opinión para regular en equilibrio los otros Poderes, á fin de que funcionen sin inmiscuirse ni estorbarse los unos á los otros, y de que puedan vivir libremente con los mismos derechos y los mismos respetos, todos los ciudadanos, cualesquiera que sean sus creencias político-religiosas.

Así cree Cervantes que debe de ser la monarquía, para ser buena.

II. Pero esto no quiere decir que Cervantes niegue que pueda haber otra clase de monarquías buenas. Y para discurrir y analizar sobre esto, pone la acción en una Venta, lugar adecuado para representar la sociedad, por la facilidad de que concurran en ella toda clase de sujetos y de acontecimientos; y con este fin hace que se encuentren allí Don Quijote y Sancho, el Cura y el barbero, que ya sabemos lo que representan; y además D. Fernando, el Señor de aquellas tierras de Andalucía, y en quien encarna el absolutismo, con mucha propiedad por el nombre del que cambió la idiosincrasia liberal de Castilla, y por ser Andalucía país de los Vándalos, gente que no respetaba más derechos que su voluntad; y además Luscinda—Luz Inda, luz de Oriente—de donde vino el saber y con la que hace imagen de la ciencia; y Dorotea—tea dorada—, luz de riquezas en quien representa las fuerzas vivas del país; y el magistrado que viene de Aragón, tierra del Justiciazo, en quien encarna el organismo jurídico; y su hija doña Clara, y D. Luis, que viene en pos de ella como el marino al puerto, y queriendo hacer unidad, y en quienes representa la Ley y el Derecho; y el Capitán, representación del ejército; y otras gentes, algunas con adargas, lanzas y escopetas, entre las que estaban unos cuadrilleros, agentes de la justicia y ejecutores de la ley.

Y con la actitud de D. Fernando, que había abusado impunemente de Dorotea, y se proponía abusar de Luscinda; que ofrece al militar acomodo-



do de manera *que pudiera estar en su tierra con la autoridad y comodo que á su persona se debía*; que dispone y arregla las cosas de la justicia, dejando la Ley á merced de los magistrados, camino de América donde se hacía fortuna, y que retiene en su poder, y se lleva consigo al Derecho, impidiendo que pudieran hacer unidad la Ley y el Derecho; en fin, que todo lo dispone y lo paga en la Venta, según lo trazaba el cura, cuyo consejo toma para sus resoluciones... y con el acatamiento profundo que todos rinden á D. Fernando, imagen fiel de la sumisión fatalista que todos prestaban en la Monarquía absolutista al Rey, precisa de una manera clara que es, en efecto, de la Monarquía absolutista de derecho divino de lo que se va á ocupar.

Y para tratarlo hace que aparezca también en la Venta el hombre aquel que llevara puesta en la cabeza aquella cosa que relucía como si fuese de oro, y con el que, como hemos visto, puso en cuestión el analizar y discurrir sobre la Monarquía.

Y he aquí cómo en este intrincado laberinto, hay presidiendo una unidad de pensamiento: un principio fundamental que se desarrolla bajo el manto de figuras y emblemas que por virtud del gran talento y el maravilloso ingenio de Cervantes, convierten las ideas y los organismos, en personajes vivos por medio de símbolos, para materializar el juicio sobre la Monarquía.

En efecto: apenas aparece ese dicho hombre, surge otra vez la cuestión de la bacía y el yelmo, que ahora se completa con la de si la montura era albarda de burro ó jaez de caballo, esto es,

se plantea por medio de tropos, analogías y concordias que usó antes, el problema de si es mala ó es buena la Monarquía teocrático-absolutista. Y hay que observar que Don Quijote no emite ahora opinión, diciendo que *lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes*; y que, en efecto, son todos los demás los que resuelven; y que para esto, se adelantó D. Fernando y dijo: *yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resulte daré noticia... y andaba tomando los votos y hablándoles al oído*, hasta que *cansado de tomar tantos pareceres*, declaró por sí y ante sí, que *éste es jaez y no albarda*; esto es, que es buena la Monarquía. Mas debe verse también allí, que esta solución no satisface á los demás, y que uno exclama: *allá van leyes do quieran reyes*; y que otro dice... *me doy á entender que no carece de misterio el porfiar, que ésta no sea albarda de asno. Bien podria ser de borrica*, replica el cura. *Tanto monta...*, añadió un tercero. *Esta es albarda, y el que otra cosa dijere debe estar hecho uva*, prosiguió otro... Y sobre si es albarda ó jaez, se arma una grandísima contienda en que *Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, doña Clara desmayada, don Fernando tenía bajo sus pies á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor... y toda la Venta era llantos, voces, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, coces y efusión de sangre*, que dice el texto, hasta que en la mitad de este caos, y por la mediación de Don Quijote se hace calma... *y todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando de tal manera, que parecía la Venta la misma paz y quietud del tiempo Octaviano*.

Encauzadas así las causas, y acumuladas armónicamente á las anteriores todas estas acciones, se revela la intención de Cervantes; porque con todas estas representaciones, hace datos verdaderos, conducentes á su fin; y con todas estas concordias complementarias, lleva insensiblemente las inteligencias por su vasto plan á formar juicio sobre la Monarquía de derecho divino, que resulta más perceptible, por esa serie de alusiones que acabamos de ver relacionadas con ella.

No son estas conexiones, argucias, ni sofismas, ni quimeras imaginativas, no; es que Cervantes usó este lenguaje de hechos que es muy superior al de las palabras para anidar en lo recóndito del libro estas ideas que no le era permitido emitir, y en las que expone un nuevo ideal; es que Cervantes quería romper la disciplina social de su tiempo: no purificando ni complementando aquel modo de ser, sino creando otro nuevo; es la voz del Genio, que no podía hablar de otra manera que por simbolismos, enigmas y alegorías para crear nuevas ideas.

Prosigamos. Apenas sosegados los ánimos, don Fernando triunfa, la Monarquía absoluta impera. Y cuando el sublime loco quiere proseguir su camino, D. Fernando lo impide bajo el consejo y la dirección del cura, *trazador desta máquina*, según dice literalmente el texto; y al efecto dispone y ordena D. Fernando, que se encierre á Don Quijote en una jaula, lo que ejecutaron todos los de la Venta *por orden y parecer del cura*; y que lo lleven *el cura y el barbero* á su aldea; ¡y así lo hicieron! *¡Consumatun est!*

Con lo que acaba la epopeya del tomo I, como la de Cristo á manos de los Escribas y Fariseos, pero con esta conclusión: que con la Monarquía de derecho divino, es imposible la Redención.

III. Pero hay otra clase de Monarquías; y para dictaminar sobre ellas, discurrió el siguiente artificio: que sobre un prado verde vieron Don Quijote y Sancho á una dama vestida de verde, sobre un caballo blanco con guarniciones verdes también: y como las mujeres representan ideales, y el verde es el color de la esperanza, con esto indica que quiere analizar esto de la Monarquía, de otro modo.

En efecto: esta señora es dueña de aquellas tierras de Aragón, el país del Justiciazgo, y en que pone siempre Cervantes la representación del Derecho, y en que ejercía ella soberanía; y se ocupaba en la caza, frase que usa Cervantes para indicar fines de rebusca, de investigaciones, de mayores conocimientos; y por último, estaba enterada de la existencia de Don Quijote, de su ideal Dulcinea, de Sancho, y de los hechos de todos ellos, por las aventuras que de ordinario la leía su marido. Señales todas que sirvieron á Cervantes para representar una Monarquía personal y autoritaria, pero con caracteres de tolerancia y ciencia, esto es, completamente distinta de la anterior.

Don Quijote y Sancho la ofrecen sus servicios, y ella les contesta: *ninguna cosa me pudiera venir que más gusto me diere*, según dice el texto, y aceptados, marchan al Castillo-Palacio de esa

Señora donde se recibe al Redentor con toda pompa y majestad dándole el primer lugar.

Y la primera aventura que acontece es á la hora de la comida: el encuentro de Don Quijote con aquel grave eclesiástico que dice el texto *destos que gobiernan las casas de los príncipes*, y que se hallaba allí como en la suya: el Cura califica á Don Quijote de sandio y vacuo por su pretensión de regenerador; Don Quijote se defiende de una manera admirable que debiera servir de ejemplo porque es de lo más hermoso del libro; y los Duques se ponen de su parte; y el Cura se aleja como cuando ahora en la lucha de los libre pensadores triunfantes con la intransigencia religiosa, se marchaba el Nuncio. Y esto acaba de caracterizar la situación: que es, la de una monarquía personal pero culta, en que el soberano no es obstáculo porque no tiene prejuicios y porque ansía de buena fe la redención, y que está decidido á marchar resueltamente por ella, á pesar del Pontificado Romano.

Ahora bien, y sin entrar en detalles que alargarían el texto inconsideradamente (1), en la sobremesa, pregunta la Duquesa á Don Quijote, que delinease y describiese á Dulcinea; y Don Quijote lo hace de una manera tan elevada y sublime que la Duquesa exclama: *yo desde aquí en adelante creeré y haré creer á los de mi casa y aun al Duque mi señor que hay Dulcinea y que vive,*

---

(1) Y si necesita alguno más pormenores, vea mi libro LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA; ESTUDIO TROPOLÓGICO DEL QUIJOTE DE LA MANCHA DEL SIMPAR CERVANTES.

*y es hermosa y merecedora que un tal caballero la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarrecer...* y sucede como final, que entonces ofrecen los Duques el Gobierno de la ínsula á Sancho; y que Don Quijote y éste, la aceptan: con lo que se consuma la unión hipostática del elemento Redentor con esa monarquía del poder personal y autoritario pero tolerante. Tal es el caso.

Y una vez establecida esta unidad, pasa Cervantes á discurrir sobre los bienes ó males que se pueden esperar de ella. Y para esto comienza por analizar los diversos casos que pueden presentarse: (a) cuando el Rey y el Redentor si bien cada uno en su puesto, están completamente identificados y sin preocuparse de prejuicios ni de intereses, marchan junta y resueltamente á matar á la BESTIA de la concupiscencia; (b) cuando el Rey aunque patriota y culto, por pensar demasiado en divertirse; ó por efecto de esa presunción propia en el hombre de poseer todos los elementos de juicio; ó por temor á lo desconocido, resiste la idea de crear conceptos nuevos, y en vez de dejar evolucionar al Redentor, le corta el terreno con la preponderancia adquirida por las oligarquías y los prejuicios para dar reglas al Redentor; (c) cuando el Rey y el Redentor son víctimas de la fuerza de las circunstancias que les rodean, y se dejan llevar del clericalismo.

(a) Para tratar lo primero discurre una caza de altanería *con tanto aparato como pudiera llevar un Rey coronado*, y que *lo mejor que tiene es, que no es para todos como los otros géneros de caza*, porque es *imagen de la guerra*. Y sucede



que ocupando cada uno sus puestos, se levanta la caza, sale la bestia, y lanzándose todos contra ella, sin miedo, y queriendo cada uno ser el primero y prestándose mutua ayuda, la matan; y después la cubren de romero y mirto, y la llevan como en señal de victorioso trofeo, cuyo triunfo celebran con grandeza y magnificencia. Con lo que dice Cervantes que estas monarquías son buenas.

(b) De este segundo caso, tenemos muchos ejemplos en la historia de nuestro país, en el que la monarquía aparentando adaptarse á las ideas liberales, es un constante obstáculo, los obstáculos tradicionales, á la libertad.

Y para hablar de ello Cervantes, pone entre esplendores, luminarias, músicas y estruendosas salvas de artillería, adorno de una Corte fastuosa, la encantada Dulcinea, rodeada de sabios que dictan á Don Quijote los medios para desencantarla; y absorto y crédulo con todo lo que le dicen y esperanzado con el remedio, á Don Quijote indentificado con todo esto: esto es, hace que en vez de ser el Redentor quien discurra arbitrios y de reglas para bien de la sociedad, se acomoda al sentido y modo de pensar de ella. Tal es el caso: un suceso que mirado literalmente, es una simpleza verdadera; pero visto esotéricamente, es un complejo y transcendental problema político.

Ahora bien, visto del primer modo, los azotes, el remedio es ridículo; y lo hace resaltar así el buen sentido de Sancho que dice: *yo no se que tienen que ver mis posas con los encantos de Dul-*

*cinea*; y bien se ve que literalmente considerado este suceso, es hasta incongruente con las andantes caballerías. Pero si se mira en sentido esotérico es al contrario, pues corresponde á los casos de las naciones decadentes y perturbadas que faltas de espíritu redentor, cargan la culpa de sus desventuras al pueblo, como nos sucedió á nosotros cuando después de nuestros desastres coloniales, echábamos la culpa de ellos á Meco; y buscamos nuestra regeneración en los grandes tributos y vejaciones del pueblo. Y de esta manera, ante esta lógica realidad esotérica, no solamente no está despegada esta aventura de los fines del libro, sino que es una nueva enseñanza que se nos da: de muy práctica aplicación aquí, donde creyendo los hombres progresivos que contribuían á redimir á la patria secularizando el clero de Filipinas, se vieron contrariados é impuestos y al fin sometidos, por los prejuicios de la monarquía; y por esperar de ellos el remedio, se perdieron las Filipinas!... Enseñanza que podemos formular así: que las monarquías donde en vez de dejar en libertad al elemento Redentor, y de marchar con él contra la concupiscencia, se le coarta é impone por los prejuicios que hay en ellas, no son buenas.

(c) Y para tratar de lo tercero, hace un cuadro muy bien pintado de la situación de nuestra España, donde salvo rarísimos intervalos, viene imponiéndose el Catolicismo Romano desde Felipe II hasta nuestros días, unas veces con los horrores, los tormentos y las hogueras de la Inquisición, otras con los privilegios de las leyes y el

monopolio de las conciencias, y la rutina y la explotación de las costumbres ¡con lo que se nos hace víctimas á todos!

Y al efecto, pone en acción á la Condesa Trifaldi (falda de tres colas en una, y colas que forman ángulos equiláteros), con la que hace de esta manera, emblema de la Trinidad; y dice que venía acompañada de un agigantado escudero *vestido con una negra sotana, y de doce dueñas vestidas de monjiles hábitos y blancas tocas, que venían todos formando procesión y al paso de procesión*, á solicitar de los Duques la protección de Don Quijote, para poner término á los males que por culpa de todo esto que aquí se representa les afligían; esto es, en busca de redención por los males acaecidos en el país, por la teocracia clerical.

El pensamiento resalta claramente, pero aún se descubre más el describir la causa de esos males: bajo la *tutela y doctrina de la Trifaldi se crió y creció la infanta Antonomasia, heredera de un gran Reino...* y haciendo la Trifaldi de mediana, fueron entregadas las llaves de esa fortaleza que ella guardaba, á Don Clavijo, que era un sujeto de muchas gracias y habilidades, entre las que enumera el texto las de sentir y cantar primorosamente versos místicos con el estilo y modo de los de Santa Teresa de Jesús, y otras palabras místicas *de que están sus escritos llenos*, y que reflejan los viceversas que tanto abundaban en el modo de la Iglesia; y de estos amores se originaron muchas desgracias, que es lo que se pretende vaya Don Quijote á remediar. Y todavía se ve más claro lo que se quiere decir, por el

lenguaje que emplea la Trifaldi en las súplicas que hace, usando términos en superlativo acabados en isimo, al igual que se estilaba entonces en las invocaciones de la Iglesia: virgen santísima, hijo amantísimo, padre poderosísimo...; y de que Sancho se burla con aticismo cuando la contesta, *aquí está Don Quijotismo y podréis dolorosísima dueñísima decir lo que quisieredisimes*, etc.

Y así, aunque parezca todo esto dificultoso y complejo, no se puede dudar, ante tantas alusiones y simbolismos congruentes y yuxtapuestos, que hay en todo esto, presidiendo una idea, ya porque así lo imponen las reglas de la lógica, ya según aquella teoría tan antigua como Platón, de que para conocer lo real de una cosa hay que buscarla su idea. Y por si me hace falta aducir más razones aún, copiaré lo que á esta altura, capítulo XL, pone el texto, que es así: *Real y verdaderamente, dice, todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos á Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas de ella, sin dejar cosa por menuda que fuese, que no la sacase á luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde á las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente, los átomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh Don Quijote dichoso! ¡oh Dulcinea famosa! ¡oh Sancho panza gracioso! todos juntos y cada uno de por si viváis siglos infinitos.* Palabras que revelan la gran trascendencia que hay en lo que refiere; y que solo tiene sentido, mediante la interpretación que vamos haciendo para analizar y

juzgar bajo todos los puntos de vista, asunto tan importante, como el de la Monarquía... ¡Y con efecto, así está tratándolo y censurándolo en las mismas barbas de la Inquisición y de la Censura, el grande, el colosal ingenio de Cervantes, de que no hay nada semejante!

Y prosigue el texto diciendo que Don Quijote se ofreció al remedio, sometiéndose á que dijera la Trifaldi lo que había de hacer. Y que entonces ella dijo, que se necesitaba montar en el caballo de *Pierres* (Pedro), *el cual caballo se rige por una clavija* (llave) *que le sirve de freno, y vuela por los aires dejando embobados á cuantos les miran... y hoy está aquí, mañana en Francia y otro día en Potosí*, en todas partes; pero en el que era necesario *se cubrieran los ojos hasta dar fin al viaje*. Y prosigue diciendo, que Don Quijote aceptó: con lo que se pone el caso de hacer la Redención, no dejando al Redentor la elección de medios que era lo natural, sino haciéndole instrumento del clericalismo. Y dice como fin, que subidos en el caballo de *Pierres*, Don Quijote y Sancho, éste pidió que le *ayudasen en aquel trance con sendos pater nostres y sendas avemarias porque Dios les deparase buen éxito*; y que después de cubrirles muy bien los ojos, comenzaron aquel imaginado viaje por los aires, junto al Cielo, cuyo final fué aquel trueno gordo y gran batacazo que recibió el Redentor: que es el término que dice Cervantes tienen las Monarquías donde imperan los elementos clericales espirituales y temporales formando unidad; y con lo que enseña que estas Monarquías, son malas.

(d) Cervantes tenía tanto interés en analizar todas las particularidades y detalles de la Monarquía, que se podrían inferir muchas más enseñanzas de la serie de frivolidades, que leyendo el libro en sentido literal ocurren en casa de los Duques; pero sería alargar demasiado este catecismo el consignar lo que hay en ellas. Y así, vamos á pasar á lo más culminante, que es el Gobierno de Sancho.

La palabra Sancho, era una locución con que se significaba, el vulgo, el pueblo; y su Gobierno en la ínsula es el gobierno del pueblo por el pueblo, que llama el texto de Barataria, porque es el gobierno más barato que hay, y que hoy diríamos el gobierno de la democracia. Tal es el caso.

Ahora bien: con el hecho de aquellas acertadas justicias que hace Sancho, dice Cervantes que para gobernar bien no hace falta mucha sabiduría, sino que basta la honradez, el deseo de acertar y el buen sentido. Al detenerse, y ocuparse en el acto de la comida, hace Cervantes un símil del alimento del espíritu, con el alimento del cuerpo, porque él cree que no obstante eso dicho sobre el Gobierno, no se debe descuidar la instrucción. Y haciendo aparecer á Pedro, el Pontificado; Recio, poder fuerte; de Agüeros, de cosa futura; de Tirte á fuera, de tirate á fuera (porque los de esta manera, son más romanos que españoles), el cual es médico y está encargado por los Duques *principalmente para asistir á las comidas y dejarle comer de lo que me parece que le conviene, y quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño* (que es el papel del Catolicismo en



nuestra instrucción); y con la autoridad que él ejerce de acuerdo con los Duques mandando retirar lo que le parece nocivo..., pone la intervención del Pontificado en la enseñanza tal y como se venía ejerciendo en España desde 1564, y después por los Concordatos; y deja planteado el problema que va á tratar, que es de este modo:

Sirven á Sancho diversos alimentos, y el doctor prohíbe que los tome alegando que le harían daño, unos por *demasiado calientes*, otros por tener *muchas especias*, otros por ser *muy peliagudos*, y lo único que le permite y aconseja comer son *cañutillos* (pan ácimo, alusión á la Eucaristía), *suplicaciones* (plegarias, oraciones) y *carne de membrillo* (la que se fabricaba en los monasterios), que es lo que doctrina para instruir al pueblo, el clericalismo.

Sancho se incomoda, le inculpa y le quiere pegar, y él trata de esconderse; pero en estos momentos se recibe un correo de los Duques encareciendo la misión del doctor (*no comáis*, le dicen, *todo lo que os presenten*), y con este motivo le retiene á su lado: con lo que resulta una imagen perfecta de lo que sucede entre los gobiernos democráticos triunfantes, el Poder Pontificio y el Poder Real. Y así prosigue el Gobierno, hasta que cansado Sancho de las tretas y manejos que le hacen sufrir los avenidos con Pedro Recio, abandona el Gobierno y se marcha donde está Don Quijote.

En el camino encuentra á Ricote, uno de los judíos echados de España cuando la expulsión, y que venía disfrazado de peregrino á recoger el

tesoro que dejó escondido, para llevárselo fuera; y se reconocen y comunican lamentando juntamente los males que se habían ocasionado en el pueblo por causa de la expulsión; y cuenta Sancho sus desventuras en el Gobierno de la ínsula; y le propone Ricote como remedio que se vaya con él á Alemania, donde *se podía vivir con más libertad... porque hay libertad de conciencia* (sic). Pero Sancho no se quiere ir, *por parecerme que haría traición á mi Rey*; y con este motivo se separan. Y ocurre, que marchando cada uno por diferente camino, le cogió á Sancho la noche, y que faltándole apoyo á las manos del asno, cayeron en *una honda y escurisima sima, y al tiempo de caer se encomendó á Dios, y al dar fondo el Rucio, Sancho se halló encima de él... viéndose bueno, entero y muy católico de salud*. Pero por más voces que daba, *transcurrió la noche y llegó el día*, y nadie le escuchaba; y allí hubiera muerto como enterrado en vida, sino porque paseando por aquellos parajes Don Quijote, oyó sus lamentos, arbitró medios, y le sacó *de aquellas tinieblas á la luz del sol*.

Tales son los hechos referidos con las mismas palabras del texto; y no necesita el lector poner nada de su parte, sino sólo considerar que no se podía expresar claramente Cervantes, ante la Inquisición y la Censura, para ver dos ideas en ellos: una que allí donde impera el Pontificado Romano, no es posible la libertad, y el Gobierno del pueblo por el pueblo; otra, que por obstinarse el pueblo en no ir en pos de la libertad de conciencia, caerá en el abismo sin apearse de su

burro, sin desengañarse de sus errores, muy católico de salud, pero donde perecerá sin remedio, á no ser que le salve Don Quijote: que es equivalente á decir, si no viene en su auxilio la doctrina que hay en el libro, dado que Don Quijote es el héroe pero también el libro.

Esas son las enseñanzas Cervantianas con respecto al modo de gobernar los pueblos: enseñanzas que no son tan perceptibles como yo las expongo recogiendo el fruto, del árbol encubierto por el follaje, pero evidente; y que se complementan en el texto porque al mismo tiempo que estos sucesos, se verifican en casa de los Duques aquellos otros en que está Don Quijote requerido por Altisidora y doña Rodríguez: que siendo en este libro las mujeres representación de ideales, concretan los casos dichos de la monarquía, ya con los caracteres de la Católico-intransigente (de Don Rodrigo), ya de la Católico-tolerante de que es imagen la de los Duques; y que sirven para poner de manifiesto la labor interna que simultáneamente con la que se deduce en los hechos del Gobierno de Sancho, se hace en las antecámaras de los reyes en estas monarquías, para apartar ó extraviar al Redentor de sus fines.

P.—¿Y no trata Cervantes más que en estas veces de la Monarquía?

R.—Sí trata, pues ateniéndonos al sentido literal del libro, vemos que en una ocasión doctrina por boca de Don Quijote (y nunca lo contradice) que después de servir á Dios *no hay en la tierra cosa más honrada y de mayor provecho, que servir al Rey*. Y con respecto al modo de servir-

le, en la aventura de los galeotes, extraña y censura que el Rey intervenga en las funciones de la Justicia; y cuando puntualiza los fines del ejército y el deber de los militares, dice, que al Rey no se le debe obedecer más que en lo que sea justo.

P.—Y en resumen, ¿qué consecuencias concretas y específicas sacáis los Cervantianos de todo esto?

R.—Que Cervantes da reglas para hacer de la Monarquía una institución, *de suerte, que no la haga ventaja ni aun la llegue ninguna* otra, para gobernar los pueblos; y que estas reglas son las siguientes: la primera, que el Rey no pueda imponer ni su criterio ni sus gustos á sus súbditos, sino que por el contrario, tiene que respetar el sentir y pensar de ellos y acomodarse á la voluntad de ellos, cuando sea patente; y que para esto, ha de facilitar las iniciativas individuales, para que se puedan formar ideas nuevas, y estados de conciencia originales y vivificantes; y ha de hacerse intérprete del sentir general para llamar al Gobierno, á los más aptos, cualesquiera que sean sus ideas, político-religioso-sociales, aunque estén en pugna con sus particulares opiniones...: esto es, que la Monarquía ha de ser un integrador de la voluntad nacional, para que todos los hombres y todas las colectividades de buena voluntad, puedan concurrir y sumarse al bien general; y además, que en vez de ser un Poder que ordena y corrige, sea una ponderación de los Poderes del Estado, para concertarlos y mantenerlos en equilibrio en sus propias órbitas den-

tro de las facultades que les asignen las leyes, y sin invadirse ni estorbarse; un Poder moderador que sirviendo de engranaje á todos los otros Poderes, unifique su acción para que no marchen dislocados ó concupiscentes en contubernio, y sirva de amparo y garantía de los derechos y de los intereses de todos los hombres de bien.

La segunda, pág. 75, que en opinión de Cervantes, la Monarquía personal y autoritaria, absolutista y de derecho divino, es mala; y que también es mala la Monarquía (caso *b*) aun sin ser de esa clase, y aunque esté animada de buenos deseos y abierta á la observación y el estudio, cuando ó porque no la distraigan de sus diversiones, ó por temor á lo desconocido, ó por creerse en posesión de los elementos esenciales del conocimiento, contiene la acción Redentora en los límites de las ideas preconcebidas y de los prejuicios, y es, eso que hoy llamamos los obstáculos tradicionales. Y que únicamente es buena esa Monarquía personal, cuando animados los Reyes por espíritu de Redención, é identificados con él (caso *a*), marchan sin temor á lo desconocido, noble y resueltamente, y libres de preocupaciones y rutinas, á luchar contra la apocalíptica BESTIA de la concupiscencia.

Y finalmente la tercera, que Cervantes enseña que allí donde como sucedía en España de los siglos XVII y XVIII, campa el clericalismo (caso *c*), cae por los suelos y gran estrépito la Redención. Y por último, que donde (caso *d*) preside y dirige la instrucción y la ética el Pontificado Romano, es imposible el Buen Gobierno del pue-

blo; y que los pueblos en donde, como sucede en el nuestro, no quieren ir en pos de la libertad de conciencia, aunque al modo de Sancho con Ricote no sean perseguidores, van camino del abismo, en donde caen sin desengañarse de sus errores; y donde tienen por eso que sucumbir, como no los saquen de allí las doctrinas redentoras del *Quijote*.

ESO ENSEÑA, PARA EL BUEN GOBIERNO  
DE LA SOCIEDAD



## PARTE QUINTA

### SOBRE EL MODO DE REFORMAR LA JUSTICIA

*Pregunta.*—Decidnos, ¿cómo dice Cervantes que debe ser la Justicia?

*Respuesta.*—El que lea las obras de Cervantes puede percibir, que se ocupa de ella en dos sentidos: de cómo funcionaba en su tiempo, y sobre los fines y modos que debe desempeñar. Y esto que lo trata en todas sus obras, lo concreta en el *Quijote* de la manera siguiente: diciendo que en el curso de sus aventuras encontraron Don Quijote y Sancho una cadena de presos, conducida por cinco hombres armados, á cumplir sus condenas; y que al verlos dijo Sancho: *esta es gente forzada del Rey*; y que Don Quijote preguntó: ¿cómo gente forzada! ¿es posible que el Rey haga fuerza á ninguna gente?; y que Sancho contestó: *van condenados á servir al Rey en las galeras, de por fuerza... el Rey... los castiga en pena de sus delitos*; y que Don Quijote replicó: *desta manera aquí encaja la ejecución de mi oficio...* Y he aquí planteado el problema de la Justicia, ratificando de paso que el Rey, que entonces gobernaba, no

puede ni juzgar ni castigar delitos: que la función de la Justicia debe ser independiente del Gobierno: esto es, la independencia del Poder Judicial.

Prosigue diciendo el texto, que Don Quijote fué interrogando á los presos; y por una exposición tan sencilla y tan hábil como la primera resulta de manifiesto en las contestaciones de ellos, el modo de ser y de funcionar los tribunales y las leyes de aquel tiempo.

En el modo de hacerse cargo de esas contestaciones Don Quijote, resalta una censura contra toda aquella manera jurídica, y es lo más triste, que si bien de algunos de esos defectos, en la cuestión de forma, se ha corregido la sociedad, en la cuestión de fondo, ¡ah!... todavía infunden miedo los tribunales á los hombres de bien; todavía no tenemos ninguna garantía los ciudadanos contra *los torcidos juicios del Juez*; todavía son los jueces y magistrados funcionarios que dependen de los Gobiernos y del Rey... ¡todavía es la justicia la alcahuetería del Poder! (1)

Pero Cervantes en esto como en todo no se li-

---

(1) La frase es dura, pero muy acomodada á la realidad: en la memoria tengo lo que sucedió con un Ministro y una Audiencia en Lerma, y que referí en la pág. 194 de mi *Estudio Tropológico*; y aquello otro de mayor escándalo, porque ocurrió en la Corte entre todo el Gobierno y el Tribunal Supremo, y de que hablé pág. 596 de mi *Revolución Española* al referir lo de las valientes denuncias que hizo el noble Marqués de Cabriñana contra el Alcalde y concejales de Madrid. Y por si esto no bastara, reciente está lo acontecido en el Tribunal Supremo con la clasificación de las actas: los partidos de turno invocando el nombre de la justicia, delegaron en ella ¡para encubrir sus

mita á poner faltas, que es una labor negativa y pesimista, sino que quiso dar reglas para corregirlas; y al efecto, puso entre los comentarios á su conversación con los presos, estos dos aforismos: uno, *me parece duro caso, hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres*; otro, *no es bien que los hombres honrados, sean verdugos de los otros hombres*: que es proclamar por encima de todo y como regla para todo, el Derecho natural; y dijo además, que entre los presos iba un *hombre honrado de rostro venerable con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual comenzó á llorar avergonzado por la mala opinión en que se tenía á su oficio*; y que inspiró tal consideración á Sancho, *que sacó dinero de su seno y se lo dió*; y que infundió tal respeto á Don Quijote, que le calificó diciendo: *que tiene oficio de discretos necesarísimo en la república bien ordenada, y que no lo debía ejercer sino gente muy bien nacida y bien examinada*; y desta manera, *añade, se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio entre gente idiota y de poco entendimiento como pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que cuando es menester dar una traza que importe, no saben cuál es su mano derecha...* y del que, tanto por lo sim-

fines! pero lo ha hecho ella con tanto celo, se ha visto en ella tanto afán de facilitar la acción de los poderosos, y han ocurrido tantos escándalos, que la han retirado la confianza dejándola en descubierto... ¡pero que país, en vez de castigar á los que tan injustamente proceden, les dejan para que sigan tranquilamente haciendo en la impunidad injusticias! ¡¡y siga la rueda!!

pático de su figura semejante á la personificación de Dios en los altares, cuanto por esas circunstancias y cualidades que convienen á los que han de fallar en justicia, hace Cervantes la encarnación de la Justicia.

Ahora bien: este hombre es alcahuete; y para justificar su ocupación, dice *que nunca pensó que hacía mal en ello; que toda su intención era, que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas...* Y he aquí cómo por este ingenioso medio hace Cervantes, un símbolo de la justicia definiéndola, **ALCAHUETERÍA DEL BIEN**: símbolo exacto, dado que el fin á que debe encaminar ella sus miras es, **Á QUE TODO EL MUNDO SE HUELGE Y VIVA EN PAZ SEGÚN SUS MÉRITOS SIN PENDENCIAS NI PENAS**; símbolo en que no se debe ver el concepto grosero de solicitar ni encubrir actos indignos de indigna comunicación, sino un concepto de armonía que permite se realice el bien en proporción al mérito y las circunstancias de cada uno; emblema mucho más perfecto que el de la **ESPADA DE THEMIS** y el de la **BALANZA DE ASTREA** que están en uso, porque estos reflejan un criterio de la Justicia atributo del que manda y castiga ó balancea, mientras que el otro, lo es de la Justicia terreno neutral é independiente del Poder; mito delicado y sublime, que en vez de la Justicia y de la Ley función de la voluntad que ordena y somete el entendimiento por su fuerza y su medida, representa una Justicia y una Ley que funcionan en servicio público, presidiendo las pasiones con la debida observación y cautela para que puedan fructificar.

Y he aquí expuestos á fuerza de habilidad é ingenio, en esta aventura, dos conceptos: el puramente literario que se ve en las palabras por las apariencias de las personas, y el simbólico que resulta por las ideas encarnadas en las personas y por el sentido esotérico de las palabras. Y como las alabanzas prodigadas al alcahuete son un repugnante disparate, inconcebible en un hombre tan delicado, superior y noble como Cervantes, y en libros caballerosos como los andantescos; mientras que encajan perfectamente y se avienen y caracterizan muy bien con los fines que debe desempeñar la Justicia, es lógico y razonable suponer, que lo esotérico, que perfecciona la obra, es lo que el gran talento de Cervantes quiso hacer: al modo que quería hacer Platón al hombre, perfecto en lo exterior y lo interior, pero cuando no era posible esto, prefería dejar los defectos á lo exterior. Y es necesario convenir en que este símbolo, uno de los muchísimos que creó en sus obras el fecundo ingenio de Cervantes, aunque no responda en todas sus partes á las exigencias de los escrupulosos que no ven en los libros más que la significación gramatical y retórica de las palabras, y resulte un lunar que no pudo disimular Cervantes, es en el sentido esotérico tan profundo y tan elevado y de tanta eficacia, que á no dudar, refleja el pensamiento de Cervantes en estos pasajes.

Dado este nuevo modo de ser de la Justicia, si se quisiera estudiarlo, se podría ya deducir desde luego la doctrina: pero es posible que saliera confuso el argumento; y para declararlo bien,

hizo Cervantes (pág. 72) concurrir á la Venta (imagen de la sociedad) al Oidor, á Doña Clara, á D. Luis y á los agentes de su padre, venidos todos de Aragón, el país del Justiciazgo, y en quienes encarna, el organismo, mejor dicho la entelequia de la Justicia, la Ley, el Derecho, y los representantes del generador ó la fuente del Derecho. Y con los nombres que emplea: al llamar á los magistrados Oidores, con el que también se les designaba, indica que ellos deben atenerse á lo que entiendan de los procesos independientemente de toda otra autoridad; y al poner ese nombre á la Ley y hacerla hija del Oidor, dice que debe ser clara y germinar con independencia de todo Poder político; y al personificar en D. Luis (don Luz) el Derecho, dice que éste debe ser la antorcha y guía de la Justicia; y al ponerle en pos de la Ley *como la flecha al blanco, como el marino al puerto* (que dice el texto), y con el asentimiento de la Ley, y con el beneplácito del Magistrado (*el Oidor que ya había conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio*, pone el texto) dice, que el Derecho y la Ley deben de estar unidos y formar unidad; y finalmente, y uniendo á todo esto lo que dijo antes del Derecho natural por encima de todo, resulta un estado jurídico completamente nuevo, cuyo fundamento es el Derecho natural, cuya guía es la Ley, y cuyo fin es oponer al concepto de la Justicia del Rey, y del Gobierno, que se abrogan el derecho de legislar y de castigar, el concepto de la Justicia arbitraje, terreno neutral en que se tramiten y diriman las cuestiones con independencia del Gobier-



no y del Rey; á los jueces rígidos é imponentes delegados del Poder, las personas discretas y conciliadoras; á los tribunales que fallan según la voluntad del que manda, los que vivan para el público independientes de ellos.

*P.*—¿Y no trata Cervantes más que en estos casos de la Justicia?

*R.*—Sí trata; en los sucesos del retablo de Maese Pedro, toma esta cuestión de otra manera: valiéndose para ello de uno de esos presos que según hemos visto fueron utilizados para plantear este problema. Y poniéndole ahora con un parche en la cara como la Celestina de Rojas, ratifica lo de la alcahuetería; y llamándole Maese Pedro y acompañándole con el mico que le hablaba al oído, hace una alusión y una sátira (1) contra los que confían en la inspiración divina de la Justicia; y finalmente, con las figurillas del retablo cuyos hilos manejaba á su voluntad Maese Pedro; y con la abundante palabrería de contrapuntos, curvas y transversales que allí se usaban para desfigurar la verdad de los hechos que Don Quijote quiere restablecer en su punto diciendo que *para sacar una verdad en limpio menester son pruebas y repruebas*; y con las aparentes y amañadas revelaciones del mico, hace Cervantes una representación de la farsa que constituían

---

(1) Indudablemente hay un error en aquellos versos donde Cervantes abomina de lo satírico, pues hace sátiras muy frecuentemente en sus libros, y hasta las cree necesarias, pues cuando se revuelve contra Avellaneda, que le censura el que hacía sátiras en sus obras, le contesta que no podrían ser ellas buenas si no tuvieran de todo.

los tribunales de su tiempo; y en fin, con aquella furiosa indignación de Don Quijote que espada en mano protesta, y á cintarazos destroza los cachivaches, echa por los tejados al mico, dió con el retablo en el suelo, y si no se encoje y agazapa Maese Pedro le cercena la cabeza y termina todo..., da la medida del mal, y dice la necesidad y la urgencia de acabar con toda aquella superchería con que se sustentaba la Justicia de aquel tiempo. Pero con las lágrimas de Maese Pedro y el enternecimiento de Sancho, cuya significación conocemos; la mediación del ventero que en esta obra de Cervantes, es siempre el sentido común; y el ablandarse Don Quijote, que pagó los desperfectos, dijo también Cervantes que proceder de ese modo sería contraproducente; ¡que no es por medio de la fuerza como se ha de buscar el remedio! pues de esta manera, quien saldrá perdiendo es el ideal de la Redención: con lo que presenta un testimonio que es una prueba más de que sólo reformando el concepto de la Justicia, de la Ley y del Derecho es como se han de arreglar los males de la Justicia.

Y por último, en los consejos que da Don Quijote á Sancho para gobernar la ínsula, le inspira literalmente de esta manera: Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues con todo el rigor de la Ley al delincuente. Si doblares la vara de la Justicia, no sea con el peso de la dádiva sino con el de la misericordia. Al culpado considéralo víctima de la depravada naturaleza nuestra, pero muéstrate con él piadoso y clemente, porque de los atributos de Dios, más

resplandece á mi ver el de la misericordia que el de la Justicia... que está en armonía con todo lo que venimos diciendo.

*P.*—¿Y qué consecuencia deducís los Cervantianos de todo esto?

*R.*—Para satisfacer á esta pregunta con verdadera eficacia, necesitaría yo tener conocimientos sobre la técnica y la práctica jurídicas, que me permitieran valirme de las palabras y de los conceptos que usan los que se dedican á estos asuntos, para hacerme entender. Pero hecha esta salvedad, voy á exponer á mi modo algunas ideas.

La primera, que con esta doctrina Cervantina, el Derecho (la entidad) dejará de ser, como es ahora, una gracia ó un favor que otorga el Poder (sean uno ó muchos los que lo desempeñan); y sería reconocido y proclamado como una condición de la existencia: y por eso, se crearían nuevas orientaciones y nuevas finalidades, en las que viviría el hombre con mayor dignidad.

La segunda, que siendo el Derecho por sí, tiene en sí mismo las condiciones de su existencia, que es su ley, lo mismo en lo psicológico que como se verifica en lo fisiológico, v. gr., en las leyes de cristalización de la materia. Y este ejemplo nos enseña dos cosas: una, que la Ley jurídica debe ser la expresión de las condiciones peculiares é intrínsecas de la cristalización del Derecho, esto es, que la Ley no puede ser la ordenación de la razón, ni la regla de la potestad, sino la observación de la razón de ser; otra, que los hombres no pueden alterar las condiciones de la Ley.

Por otra parte, al especificar el texto que la

Ley es hija del Oidor, esto es, producto de su naturaleza y de sus circunstancias, dice que es fruto de la voluntad; y resultan con esto dos acepciones de la Ley en la doctrina cervantiana: la que surge de las condiciones peculiares é intrínsecas del Derecho, según los diversos estados de progreso del hombre, y que éste no puede variar á su voluntad; y la que surge de la naturaleza y circunstancias de la vida social, que es, por el contrario, fruto de la voluntad.

Pero esto no es una contradicción, sino que corresponde á las dos clases de leyes que real y verdaderamente hay: las de Derecho abstracto, que son Leyes de principios, digámoslo así, de observación científica; y las de carácter social, que son Leyes circunstanciales; las primeras independientes de la voluntad del hombre, según se ha dicho con lo de las cristalizaciones, y que es por eso una perturbación grande el querer alterar por la fuerza; las segundas, que como son opinables, puede ser acertado y hasta puede ser un deber el cambiar.

Y he aquí cómo este concepto de Cervantes da lugar á elevar el pensamiento y á encauzar la lógica y el buen sentido sobre el modo de distinguir el fin de las Leyes y la manera de dictarlas y de cumplirlas; y además hace desaparecer, desde luego, esa confusión verdaderamente perturbadora que hoy hay, en la que se involucra el respeto y la santidad de las Leyes, con las conveniencias de los partidos y de los Gobiernos, y se cometen grandes abusos en los que campa la BESTIA al amparo del Derecho y de la Ley. Y he

aquí cómo este concepto cervantino, que evita éticamente estas enormidades, y que en la práctica aviva el entendimiento y la voluntad del hombre en buen sentido, es un elemento de perfección.

La tercera, que los Tribunales y la Justicia misma, en vez de ser, como son ahora, instrumentos del Gobierno, oficio burocrático en que prevarican ó se acomodan los que lo desempeñan cuando no tienen la vocación de mártires ó no son extraordinariamente honrados... ALCAHUETERÍA DEL MAL, según antes dijimos, serían ALCAHUETERÍA DEL BIEN, campo neutral, oficio de discretos; cuyo fin fuera que se huelguen y vivan en paz todos, y logren lo que les pertenezca según sus méritos, sin pendencies ni penas.

Y, por último, la cuarta, que, adelantándose en esto como en todo Cervantes á su siglo, doctrina que en términos de justicia se debe considerar á los reos más que como delincuentes que merecen castigo, como desgraciados dignos de misericordia; lo que unido á lo que también dijo de los penados y de los reyes, pág. 91, y de que no es justo que los hombres honrados hagan esclavos á los otros hombres, implica que Cervantes enseña que nadie, ni aun en nombre de eso que se llama vindicta pública, tiene derecho á castigar con pena corporal á los delincuentes en venganza de los delitos; sino á corregirlos y á perfeccionarlos.





## PARTE SEXTA Y ÚLTIMA

### RESUMEN Y EFECTOS DE LA DOCTRINA CERVANTIANA

*Pregunta.*—¿Mostrad en síntesis breve y compendiada esta doctrina de Cervantes y sus consecuencias?

*Respuesta.*—Cervantes no escribió para purificar y enaltecer la sociedad en que vivía como se ha creído hasta ahora, sino para matarla; y para esto creó enfrente de ella, un nuevo VERBO y modos nuevos con que formar una sociedad nueva basada sobre la RAZÓN, la PAZ y el DERECHO; y constituida por la RELIGIÓN, el EJÉRCITO, la MONARQUÍA y la JUSTICIA, que dijo han de ser así:

La RELIGIÓN no ha de ser dogma, rito, ni culto externo que cohiban por el sentimiento ó impongan por la fuerza las creencias, sino ciencia que por la observación y el estudio de los hechos espirituales, conduzca al conocimiento del alma; y por el contacto con las otras ciencias de los hechos de la materia, nos vaya mostrando á Dios en el universo: con lo cual la Religión será una,

y paz para las conciencias en toda la tierra; los sacerdotes serán maestros; y unidos todos los hombres en un mismo pensamiento, no habrá cuestiones ni guerras religiosas.

El EJÉRCITO no será instrumento de conquista, ni máquina ó brazo á disposición del Poder, sino ejército ciudadano, garantía de la paz, del respeto mutuo entre los hombres de bien, para que den las reglas y la norma de la vida, la RAZÓN y el DERECHO; y cuyos deberes puntualiza diciendo, que ha de ser puramente defensivo, y ha de estar regido con la disciplina y la obediencia ciegas, solamente para defender la libertad de conciencia, la vida, la honra, la familia y la hacienda; pero en todos los demás casos, con disciplina y obediencia debidas: con lo que estarán aseguradas la libertad civil y la libertad religiosa, y no habrá más guerras de conquista.

La MONARQUÍA será la mejor forma de Gobierno bajo las condiciones siguientes: 1.<sup>a</sup>, el Rey ha de respetar las ideas de sus súbditos, y ser ecuanime é imparcial con ellas, al extremo de ponerse leal y sinceramente de parte de los que ganen la opinión, cualesquiera que sean; 2.<sup>a</sup>, que sólo es buena la monarquía personal, cuando únicamente use de su iniciativa y de su fuerza, para combatir y matar á la BESTIA de la concupiscencia; pero que en los demás casos sea por derecho divino, sea porque en ella imperen el clericalismo y el Papa, es mala...: con lo que la monarquía que preconiza Cervantes ha de ser un Poder moderador que inspirándose en la fortaleza, y por medio de la prudencia, regule y mantenga con

templanza en equilibrio todos los organismos del Estado para que vayan rectamente á los fines que les asignen las Leyes. Y en todo lo que no sea esto, en cuanto pretenda el Rey gobernar por sí, es abominable la Monarquía.

Y en fin, la JUSTICIA, ha de ser independiente de los Gobiernos; y terreno neutral al que se puedan confiar los hombres con sus pasiones, para obtener lo que les pertenezca por sus méritos y circunstancias, sin pendencias ni penas; y donde el Derecho sea en sí ó por sí; la Ley sea la expresión de las condiciones del Derecho según el estado de progreso de los pueblos en el Derecho abstracto, y en los usos sociales hija de las circunstancias; y los Tribunales y los organismos jurídicos sean entelequia de la Justicia, y para realizar estos fines de ella. Tal es la doctrina filosófica y de práctica aplicación de Cervantes.

Y claro y evidente es, que formándose las costumbres y el deber en estas enseñanzas, con estas doctrinas: la verdad y la virtud no serán inducidas como ahora por la imaginación y por la fe, sino por la observación y la lógica; los sentimientos y las pasiones germinarán en la realidad, con mayor sinceridad y honradez que ahora; el entendimiento y la voluntad practicarán con más amplios y sosegados medios: y serán más fructíferas las escuelas, y más eficaces las leyes, y más buena la moral, y comparará en todo el buen sentido; y en ese nuevo ambiente surgirán en el alma nuevos elementos potenciales; y en la vida de relación, nuevos coeficientes, digámoslo así, nuevas dimensiones espirituales: y en

esta nueva vida, por aquello de que la necesidad crea el órgano, SURGIRÁ EL SUPERHOMBRE; y no estando cohibidos ó coaccionados los hombres por la fuerza, se formará una sociedad más perfecta y ANAGÓGICA, en el verdadero sentido de esta palabra, que no es el de la Academia. Tales son las doctrinas de Cervantes, luz del mundo y el hombre más grande que ha existido en la humanidad, como guía de ella.

*P.*—Según eso, ¿vosotros creéis que Cervantes es superior á Dante, Shakespeare, Calderón, Voltaire, Goethe... y á todos los hombres á quienes se ha calificado de Genios?

*R.*—Así lo creo, y me lastima cuando oigo que le comparan con ellos, porque Cervantes es más, mucho más que ellos.

En efecto: ellos sólo supieron manejar en la escena del mundo las pasiones y las ideas reinantes, y reuniéndolas y amalgamándolas con habilidad y arte las engrandecieron y las hicieron vibrar en toda su intensidad, obteniendo grandes efectos, con que conmovieron y embelesaron á los otros hombres. Pero Cervantes, si bien se valió también de las ideas y las pasiones reinantes, que retrató con mucha fidelidad; y utilizó también la realidad ambiente con habilidad y arte, fué para hacer con ellas, imágenes, alegorías, antifrases y antiperistasis, y para crear con ellas dobles representaciones, dobles reflexiones con que romper el ciclo de las pasiones y de las ideas que había en la sociedad; y para crear un nuevo VERBO, una nueva mentalidad, una nueva ética, en fin, un nuevo modo de ser. ¡Que es la verda-

dera obra de Cervantes! el cual, necesitando burlar á la Inquisición y la Censura que no dejaban hablar de esto, discurrió ese artificio caballeresco que exotéricamente pone á Cervantes á la altura de esos llamados Genios, pero que esotéricamente es una idealidad sublime, un evangelio, que hace de Cervantes un Redentor: muchísimo más grande que ellos.

*P.*—¿Y cómo es que teniendo este convencimiento habéis permanecido callado en este Centenario?

*R.*—Porque no me han dejado hablar: había-me invitado el Ateneo, y acepté el compromiso para proseguir mis conferencias del año anterior; púseme de acuerdo con el presidente de la sociedad de Escritores y Artistas D. Antonio López Muñoz para dar alguna; pretendí hacerlas en la Asociación de la Prensa, y es testigo D. Alfredo Vicenti, Director de *El Liberal*; combiné con el Jefe del Reformismo D. Melquiades Alvarez, desenvolver estas ideas en el Centro de Asturianos, que se dicen de la tierra de la Reconquista Española y que me parecía por eso, punto adecuado para hablar de la Redención..., y finalmente, me hice ver y sentir en otros centros donde se hablaba de Cervantes... pero en todas partes surgieron obstáculos insuperables. Y esto, unido á que yo he regalado mis libros y visité á Galdós, Cavia, Unamuno, Bueno, Benavente, Royo Vilanova, Azorín... y tantos otros, rogándoles que si los encontraban interesantes los juzgaran aunque fuera para censurarles, ya que no conseguía que se ocuparan de ellos; por último, á lo

que digo en el prólogo, me hizo comprender que estaba solo en medio de tantas gentes, y que la Religión, si bien no mata ya las ideas por la violencia, es todavía tan fuerte en España que las hace caer en el vacío, donde también se muere; y se me encogió el corazón, y lloró mi alma; y lleno de amargura, me limité á solicitar del Ministro de Instrucción pública que se sirviera recordar á la Academia por antonomasia, que hace catorce años tiene á informe mis estudios sobre las enseñanzas Cervantianas, y que lo estamos esperando; y á escribir este Catecismo que doy á luz ahora y que circularé por el extranjero, porque está visto que aquí, no hay hombres más que á lo sumo, como el Caballero del Verde Gabán (1) y como aquel Boadil que lloraba cual una mujer la pérdida de un Reino que no sabía defender como hombre.

P.—¿Pero no hubo nadie que protestara contra esas enormidades?

R.—Sí hubo; y algunos me escribieron lamentando, que todos reconocen en España la afflictiva situación en que estamos en este materialismo infecto que lo corrompe todo, pero que cuando se les ofrece un remedio que no es un tópico rutinario, ni un arbitraje empírico, sino un espiritualismo científico con principios racionales y

---

(1) El Caballero del Verde Gabán y su hijo llegaron á persuadirse de lo excelentes que eran las ideas de Don Quijote, y le ofrecieron *que tomase de su casa y su hacienda todo lo que le viniese en grado* para sustentarlas, pero no quisieron irse con él, ¡no querían dejar las comodidades y ventajas de su modo de ser!



progresivos, VERBO de la libertad y la ciudadanía, nadie quiere examinarlo; nadie quiere salir de esta inmovilidad putrefacta.

Y por cierto que entre las cartas recibidas hay una de una señora viejecita, menuda de cuerpo pero con gran inteligencia y corazón fuerte, que aunque escasa de fortuna y sujeta á privaciones, ha resistido cuarenta años de martirios por causa de religión, y que después de ellos, está todavía entera en su verdad interior, y que me dice así:

Mi distinguido amigo: Ni una sola vez, ni incidentalmente siquiera, al menos en lo que yo he leído, se ha hecho mención en este Centenario, de sus primorosos, morales y racionales libros sobre ese evangelio de purezas y enseñanzas que se llama el *Quijote*. ¿Habrá miseros y rampiones en nuestra patria entre los que se llaman *kultos*? Y es tal mi indignación, que no puedo menos de tomar la pluma y dirigirme á usted haciendo que mi protesta le demuestre que no todos los españoles nos hemos vuelto ya cuadrumanos; á mucha honra tengo sostenerme en dos pies y dominando los instintos de la animalidad, casi enseñoreada de nuestros compatriotas...

Que conste mi protesta. Interín las *faldas* manejadas por delegados del Vaticano gobiernan á España, todos los que son como usted están sentenciados al ostracismo, cuando no al martirio. ¡Cuándo se librárá la patria de esta pesadilla!

Es siempre su amiga,

ROSARIO DE ACUÑA Y VILLANUEVA.

*P.*—¿Y qué creéis que se necesita hacer para lograr el conocimiento y eficacia de esta doctrina?

*R.*—En cuanto á mí, creo que ya no puedo hacer más: y hago punto final con este Catecismo; contento, por haber cumplido con mi deber;

y porque gracias á mi austeridad no me han podido hacer mella (á pesar de las asechanzas y persecuciones que he sufrido) ni en los efectos de mi familia, ni en la honra (1), ni en las necesida-

(1) Estaba yo retirado, y era vecino de Cobreces. Para dar carrera á dos hijos levanté de allí casa, y la puse en Valladolid; y en ella vivía cuando me requirió la Administración con arreglo á la Ley para que llenara los padrones y sacara las cédulas personales. Y las saqué.

Mientras tanto, en Cobreces, agarrándose á una Real orden que dice que cuando un vecino no QUIERA ó no PUEDA sacar la cédula, la sacará la Administración por el padrón del año anterior, me consideraron á mi indebidamente en ese caso, y sin repartirme padrón y sin decirme una palabra, me sacaron las cédulas. Y cuando fui á Cobreces me encontré con la orden de embargo, y los recargos, por no haber recogido las cédulas en primero y segundo plazo. Y en vano mostré antes de ejecutarlo las cédulas que había pagado en Valladolid; lo llevaron á cabo. Y en vano me quejé al Delegado del atropello: éste persistió en considerarme en el caso de los que no quieren ó no pueden llenar el padrón que no se me había dado y del que no tenía ni noticia, y me condenó injustamente.

Y para mayor escarnio, aprovechándose de un error que habíamos cometido en Cobreces el año anterior y que habíamos corregido con mayores conocimientos en Valladolid, y rehusando las pruebas que yo ofrecía para patentizar ese error, me hicieron la perfidia de injuriarme ¡encima de la injusticia!

Acudí entonces á la justicia ordinaria en busca de la reparación. Y ante los escarmientos sufridos (véase el prólogo) creí acertar acudiendo á un Abogado que por su potencia política tiene fama de no ser arrollado. Y como él aceptó mi defensa, me consentí... ¡Pero dejó pasar el plazo para reclamar!

En prueba de su buena fe, me ofreció indemnizarme de los perjuicios y me escribió una carta como reparación: y así estamos.

des de la vida. Y en cuanto á los demás, creo que con el modo de ser de está desventurada España dominada por los frailes, jesuítas y por el Pontificado C. A. R., no se podrá hacer nada por ahora; y que en todo caso vendrá el remedio del extranjero. Pero que si llegáramos algún día á tener buen Gobierno en España, lo que debía hacerse es establecer en vez de esos festivales y regocijos en uso (concursos, himnos, cabalgatas etcétera), una Cátedra donde con estímulos remuneradores, y la mayor solemnidad y atractivo posibles, razonaran y controvertieran bajo la presidencia del Gobierno, las distintas opiniones sobre las enseñanzas de Cervantes y el mejor modo de aprovecharlas: obra de cultura y de patriotismo á que no se puede oponer nadie. Y entonces, allí, se pondrían frente á frente el verbalismo erudito, y las observaciones de la realidad; la habilidad y la malicia, con la verdad y la buena fe; y fomentando la concurrencia por los medios de que disponen los Gobiernos, resaltaría la verdad.

FIN



**Copia del folleto que publiqué en 1904 y reparti  
al Sr. Menéndez y Pelayo y á los demás Académicos.**

**Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.**

*Madrid, 3 de Julio de 1904.*

Muy estimado paisano y señor mío: Defraudadas las esperanzas que tenía de que salieran estas cartas en alguno de los periódicos de gran circulación, á donde las llevé, y no queriendo dejar de publicarlas, más aún que por contestar á los agravios que usted nos ha hecho, para hacer ver el respeto que merecen nuestras ideas; y para contribuir al triunfo pacífico de la equidad y la razón por usted maltratadas, me veo precisado á valerme de este medio.

No creo que haya en todo lo que yo digo nada que personalmente le moleste, y si lo hubiera, lo retiro; pues aunque fuera exacto el severísimo juicio que de usted hace el sabio Diercks, cuando le acusa de sectario ciego empeñado en realzar las rutinas y los errores del pasado, y en desprestigiar y confundir todo lo progresivo, hasta falsificando la historia y burlando la verdad, no me propongo yo ser juez de sus actos; sino que miro siempre sus cosas con benevolencia y hasta bajo la sugestión del entusiasmo que justa ó injustamente ha sabido usted inspirar en nuestra ama-

da Montaña, ¡y soy además un admirador de su memoria! Pero no es posible consentir esa frescura de dudoso gusto con que atropella usted por todo, y esos rasgos de audacia con que indebidamente entorpece usted el conocimiento de la Verdad; y por eso le lanzo este reto: si quiere usted aceptarlo, discutiremos con seriedad; la Razón y la Verdad ganarán mucho, y yo, que voy siempre de buena fe, tendré mucha honra en que usted me corrija y yo aprenda; pero si se empeña usted en proseguir en su actitud desdeñosa por el camino de la prestidigitación ó del menosprecio, tenga la seguridad de que, aunque le protejan los periódicos de gran circulación, no ha de faltar manera de ponerle en el lugar que merezca; pues ya no estamos en tiempos de Maese Pedro, su retablo y su mico, sino que ha llegado la hora de que prevalezca sobre la habilidad y la destreza, la sinceridad y la buena fe.

Y tengo gusto en reiterarle la seguridad de mi consideración, y b. s. m.,

BALDOMERO VILLEGAS.



## RETO

Á D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

SOBRE EL «DON QUIJOTE» (LIBRO)

...antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno.

(Palabras literales de Cervantes.)

### I

Muchas son las interpretaciones á que ha dado lugar el libro inmortal: en un principio le juzgó tan malo y con tanta dureza Lope de Vega, árbitro de los literatos de su época, que llamó NECIO á quien osara alabarlo; y en tal modo impuso con esto á la opinión, que Cervantes no tuvo, á pesar de su mérito, ni apologistas, ni biógrafos, ni panegiristas; y aunque se repitieran mucho las ediciones del libro para el vulgo (1), es indudable

---

(1) Nota que se pone ahora, al ver que esto de las ediciones se está explotando para hacer creer que el *Don Quijote* fué muy bien recibido del público de su tiempo: lo cual no es cierto.

Sabido es, que el mismo año que se publicó el *Don Quijote*, le compraron á Cervantes los derechos del libro; y que en el mismo año, en seguida, repitieron los compradores la edición; pero no es tan sabido que esto se hizo cambiando pasajes en que se trasparenta en la intención de Cervantes el sentido anticatólico; y que después de esto se hicieron otros expurgatorios y se alteraron otras ediciones.

Y esto; y la indudable y enconada guerra que hicieron

que de los doctos sólo mereció mortificantes diatribas; y que según observación no desmentida del sincero y noble Vidart, cuando hizo el P. Feijóo su juicio sobre los literatos y sus escritos, ni una sola vez citó á Cervantes ni á su libro en sus 14 tomos; ¡y que hasta la *Academia de Buenas Letras* de Sevilla le censuraba que había emponzoñado la fuente de los sentimientos nobles y caballerosos de nuestra raza, poniéndolos en ridículo!

Fué necesario que un embajador de Inglaterra en nuestro país lo alabara, más de un siglo después de muerto Cervantes; y que además encargase á D. Gregorio Mayans una noticia de la vida de Cervantes, que hasta entonces nadie había escrito, con el fin de encomiarle; y que Gayton en 1742 y Bowle en 1781 anotaran y comentaran el *Quijote*; y, por último, el gran entusiasmo que por todo esto despertó nuestro libro en el mundo, para que comenzáramos los españoles á honrar á Cervantes, y reconociéramos y proclamásemos la grandeza inconmensurable de su libro inmortal.

No quiero perder el tiempo en afirmar esta verdad que, aunque yace obscurecida, está ya muy determinada; pero debo consignar esta consecuencia: Que si se despoja al *Quijote* de los pri-

---

los hombres de Iglesia al libro, y los poquísimos ejemplares que han sobrevivido de la edición príncipe, induce á creer que el repetirse las ediciones fué, para que desaparecieran los motivos en que más se transparentaba la tendencia anticatólica del libro.

meros tiempos, de la vida y el alma que le atribuyen los extranjeros, y se quitan de él las grandezas y alabanzas con que le sintieron ellos, sólo quedan las estúpidas palabras de Lope, la servil severidad de los literatos que le seguían y ridiculizaron á Cervantes de una manera brutal, y las mañosas insidias de Avellaneda y el torpe ó maligno silencio del P. Feijóo, menos brutales pero más aleves, y que junta ó conjuntamente con los otros modos, hicieron en torno del libro aquí, en España, el olvido y el silencio.

Pero hay más: acostumbrados los extranjeros á pensar libremente, y leyéndolo con el entusiasmo de las iniciativas individuales, vieron en sus páginas reflejarse como en un espejo, lo que había de noble y elevado en sus propios sentimientos; y en aquellos pensamientos heroicos, y en aquellas virtudes sublimes del héroe, vieron por encima del sentido exotérico otro sentido esotérico; y en el fondo de la estética del asunto, una ética superior de que dan cuenta en sus escritos. Pero ya sea por desconocer las múltiples y variadas circunstancias de nuestros usos y nuestros modos; ó por ignorar el doble é íntimo sentido de las palabras y del lenguaje de nuestro idioma, alma y vida del libro y verdaderamente intraducibles, no han podido aquilatar y no hacen más que presentir lo que hay en él. Mientras que los españoles educados en el culto de las formas; y víctimas, además, de ese positivismo grosero y sensual de los que forman nuestras conciencias y nuestros Gobiernos, aunque tuvieron que rendirse ante los elogios de los extranjeros, y no

temieron ya al anatema de Lope, y comenzaron á aplaudir á Cervantes, no han podido salir fuera del radio en que les sujetaba la preocupación y la rutina de la idiosincrasia nacional; y faltos de iniciativa, y por aquello que tan perfectamente dijo Cervantes de que cada cosa engendra su semejante, no han sabido alabar más que la parte elemental de la obra, lo que se ve y se toca de ella, y que llaman la primer novela y la primera prosa del mundo.

De esta manera, y por encima de los accidentes en que cada sujeto juzga como es natural con su criterio, sus observaciones y sus aptitudes, y se diferencia así de los otros en los detalles, existen hoy dos tendencias clara y específicamente determinadas al apreciar el indiscutible mérito de Cervantes: la de los que le suponen una segunda intención en forma velada y por medio de símbolos para poderla pasar ante el Censor burlando á la Inquisición; y la de los que, por el contrario, suponen que todo está escrito en el libro á la llana y sin ningún otro sentido, y que todo es diáfano en el pensamiento y la acción de la novela.

Y en este estado las cosas, nombrado académico de la Lengua el sabio cervantista D. José María Asensio, eligió para tema de su discurso de ingreso, *Las Interpretaciones del Quijote*; y representando usted á la Academia para recibirlo y acompañarlo en este acto, han disertado ambos sobre esto: analizando y razonando él, sobre los partidarios del sentido esotérico del *Quijote*, y alabando nuestra labor; y tomando usted, que, por su mucha instrucción pudo ser útil con la

observación que corrige, por el camino del menosprecio que hiere, corrigió al Sr. Asensio, diciendo, que ¡no merece la pena de que se nos haga caso!

Qué es lo que ha podido mover á usted á dar en esos momentos de galanterías y finezas, esa lección-palmetazo al discreto Sr. Asensio, es cosa que no se comprende, cuando por otra parte, ni nuestros dilatados y constantes estudios y sacrificios para enaltecer á Cervantes; ni la generosidad con que yo le reconozco unas ideas que me aplauden muchos y que dicen que yo le asigno; ni el respeto que merecen los extranjeros eximios que de ese modo le ponderan; ni el culto que por todos se debe al estudio y conocimiento de la Verdad, justifican ese desvío y menosprecio con que usted nos trata. Pero usted, ya porque se arroga el papel de Virgilio de este nuevo Dante que penetra en el infierno de la duda para investigar la Verdad, y nos aplica lo que dijo él de los egoístas; ya porque con el ejemplo de Lope, pero careciendo del valor y de la arrogancia de él, toma el estilo de la ironía, en apariencia benévolo, para desdeñarnos también con ese desprecio, no ha vacilado en comprometer su autoridad de maestro (en que es usted el Rothschild de nuestra cultura, según dice Cavia), para impedir, ó por lo menos estorbar el que se investigue la Verdad; y ha tomado usted esa actitud de matón para maltratarnos y ofendernos. Y esto me obliga á formular esta protesta.

Mas como va siendo larga esta carta, y no puedo abusar de (aquí el nombre del periódico que

habría de insertar las cartas), lo dejo para otro día, quedando ahora, como siempre, su más atento paisano y admirador de su memoria,

BALDOMERO VILLEGAS.

## II

Grande es mi atrevimiento al contender con usted, ilustre maestro, porque en tal manera infunde su opinión la de los pensadores de este país, en que (según frase feliz de Cervantes, que aplica á todos los españoles un pensador ático), somos todos del perdigón manso y del hurón atrevido, que no se atreve nadie á replicar á usted; y yo mismo dudo si se calificará este atrevimiento mío más que como un rasgo de patriotismo, como un acto de demencia.

Animame, sin embargo, la idea de que nuestra desigualdad personal está equilibrada por la clase de armas que usamos; ¡como que usted está todavía en el fusil de chispa!; ¡como que usted dispara aún con aquellos cañones con que asustaba y se imponía al país la teocracia del siglo XVIII, y yo manejo y apunto los que suministra la civilización y la ciencia moderna! Y en último resultado, como yo no vengo á luchar por impulso del amor propio, sino en defensa y para poner en su punto la Razón, y que se rinda homenaje á la Verdad, cuéstemelo lo que me cueste, no debo excusarme; y voy á demostrar dos cosas: la primera, que esos juicios de menosprecio



con que nos ha ofendido usted á los partidarios del sentido esotérico del *Quijote*, carecen de autoridad, porque usted, que tanto ha estudiado y tanto sabe, no ha sabido leer el *Quijote*; y la segunda, que esos juicios que usted ha hecho con tanta ligereza, son un verdadero atentado.

En efecto: desde que D. Gregorio Mayans escribió por encargo de los ingleses, más de un siglo después de publicado el *Quijote*, la primera vida de Cervantes, y conjeturó que el verdadero autor del falso *Quijote* debía ser un sujeto muy poderoso; una de las cosas que más han apasionado á los cervantistas es, conocer por su nombre á este sujeto, el peor intencionado y más aleve enemigo de Cervantes; y que fué ruin en sus pensamientos, torpe y bajo en sus miras, calumniador en sus juicios, grosero, obscuro y hasta hediondo en sus conceptos, y, por tanto, un tipo inmoral repugnante y despreciable.

Las opiniones no han estado de acuerdo al determinarlo, pero es muy significativo y notable que los críticos más sobresalientes se hayan fijado en tres sacerdotes: el P. Lope de Vega, enemigo acérrimo de Cervantes, y esotéricamente maltratado sin dolo y con frecuencia en el *Quijote*; el P. Aliaga, confesor del Monarca, á quien apodaban y escarnecían los poetas, comparándolo á Sancho Panza, y á quien Cervantes puso con todas sus letras en las partes traseras y peor olientes de Rocinante y el asno al entrar en Barcelona; y el P. Blanco Paz, que tan indigna y villanamente persiguió á Cervantes después de su cautiverio y que se mostró siempre tan implacable con él.

Quiso también usted descorrer el velo que ocultaba la faz de ese miserable Avellaneda, y en un larguísimo artículo que publicó *El Imparcial*, haciendo usted uso de su maravillosa memoria y erudición pasmosa, se puso á discurrir con sutilísimas conjeturas, argumentos de imaginación, suposiciones gratuitas, objeciones pueriles y caprichoso anagrama (pruebas inequívocas de la magnitud de su deseo); y quiso usted deducir, que el odioso y repulsivo tipo que se había encubierto con la máscara de Avellaneda, no era sacerdote, sino un quidam, desconocido poeta, cuyo nombre dijo, dislacerando un período elegido por usted y alterando el orden de sus letras, y tomando sólo 14 de las 39 que lo componen, y hasta cambiándolas á su sabor; esto es, de la manera más arbitraria y caprichosa que puede imaginarse, para decir: que Avellaneda no era un sacerdote, sino un seglar, Alonso Lamberto.

Tal fué el hecho, y no hay para qué decir la horrible decepción que sufrieron los que, sugestionados por la fama de su ilustración y su talento, y viéndole intervenir en la cuestión con tanto empeño, en toda una plana de *El Imparcial*, suponían que iba á ser esclarecida de una manera luminosa. Pero es muy oportuno y adecuado al caso manifestar, que no se concibe cómo un sabio de las superiores cualidades perceptivas y retentivas que usted tiene, se metiera por esos derroteros é hiciera esas deducciones absurdas, cuando sin necesidad de leer el *Quijote* entre renglones, y ateniéndonos al sentido llano y específico de sus palabras, dice Cervantes lo contrario;

en efecto, Cervantes llama literalmente al autor del *Quijote* espurio, *señor autor*—(entonces que se escaseaban tanto las señorías); y dice, además, literalmente también—que era *sacerdote*—y que *tiene, por añadidura, ser familiar del Santo Oficio*.

La cogida es, pues, evidente; y como yo me resisto á creer que usted tenga la obsesión de los sectarios: ni que, dejándose llevar de la obcecación de los ultramontanos españoles, falsifique á sabiendas la verdad para fomentar las preocupaciones de la ignorancia y la rutina, en beneficio del clero; y como yo no le creo capaz de atropellar por encima de todo la realidad sin el menor empacho, para dificultar el conocimiento científico, y que no prevalezca la Verdad..., no encuentro otra explicación satisfactoria de ese gaxapo, que decir que, á pesar de esa vista tan perspicaz y agudísima, que todos le reconocen; y de lo mucho que usted lee y sabe, según todos dicen, no ha leído detenidamente, ó no ha sabido leer el *Quijote*.

Si de esta prueba resultara un argumento para demostrar que es usted un instrumento consciente para contener á nuestra patria en las sugestiones del fanatismo..., ¡mediten si deben arrepentirse los que con sus hiperbólicas alabanzas le encumbraron, y le siguen alabando! A mí no me toca ahora hacerme cargo de ello, pues sólo de defenderme trato, y por eso, ante el injusto agravio que nos ha hecho usted, tan sólo cumple á mi objeto consignar, como me proponía, lo poco que significan esos alardes olímpicos con que usted nos menospreció y desdeñó ¡en la alta y se-

vera critica de su excelsa sabiduría, y en la majestuosa y sublime moral en que usted se inspiró!, cuando dijo enfáticamente en la Academia á la faz del país, que á los partidarios del sentido esotérico del *Quijote* no se nos debe hacer caso; y cuando atropellando, que somos una escuela científico-positiva para conocer y exaltar el mérito y las enseñanzas del *Quijote*, nos comparó irónicamente, por el tono, por el gesto y por la risa, con los nigrománticos, para dar más fuerza á su juicio.

Fáltame demostrar que hizo con eso un verdadero atentado, que constituye un delito de leso patriotismo y de lesa humanidad. Mas como el escrito es largo, lo haré otro día; quedando, mientras tanto, siempre á sus órdenes, su atento paisano, y siempre admirador de su memoria,

BALDOMERO VILLEGAS.

### III

Resulta de lo dicho, que si el *Quijote* logró al fin y al cabo fama y admiración en el mundo, fué á pesar de los literatos insignes de España, y gracias á los del extranjero, que vieron en él un sentido oculto y una obra de tesis que elevaba las almas y engrandecía á la Humanidad por encima de la acción exotérica de la novela; y que cuando hemos comenzado á aplaudirle aquí de esa manera, y estábamos mereciendo el respeto de los eximios de la Academia, nos ha salido us-

ted al paso, y echando como Lope de Vega en los primeros años del libro, el peso de su autoridad en el platillo de la balanza, nos lo cierra, diciendo con desprecio que ¡no se nos debe hacer caso!; y voy á demostrar que esto es un verdadero atentado de lesa patriotismo.

En efecto: después de los estudios que yo he hecho sobre esto, y á pesar de las muchas faltas que por ser míos tienen, no se puede dudar que, consciente ó inconscientemente, queriéndolo ó sin quererlo Cervantes, todas las entidades y todos los sucesos y todo lo que ocurre en el libro, tiene una doble significación: los personajes no son solamente personas de carne y hueso, admirablemente creadas para formar á la perfección los tipos vivos de la novela, como usted pretende, sino que son además representaciones de ideales, de intereses, de pasiones, de tendencias y de organismos de la vida universal, á manera que hicieron los griegos con sus mythos, y como hacen todavía los pintores con las matronas en sus Academias; los nombres no son sencillamente vocablos corrientes para una acción artístico-literaria, como usted cree, sino que son términos técnicos formados con el ritmo ó con las raíces de lo que se quiere significar, para una acción didáctico-literaria que allí se establece; los sucesos, no son únicamente acontecimientos descritos á la llana, con pensamiento diáfano y transparente, como usted sostiene, sino una ingeniosa forma que discurre Cervantes para poder hablar con el lenguaje de los hechos, que no me negará usted es un género de lenguaje muy superior al

de las palabras; las palabras y el estilo, no son simplemente giros gramaticales y flúido retórico para hacer una obra estética de superior belleza exotérica, como usted afirma, sino que son además medios para componer alegorías, metáforas, tropos y simbolismos encaminados á formular y describir de una manera esotérica una ética transcendental; en fin, el arte y la belleza que en el libro campan y maravillan, no están restringidos por la intuición sublime, pero limitada, á dar forma á las concepciones del genio, sino que son mucho más espléndidos, porque llevan en su propia virtud y eficacia, al genio, por el mundo ideal, de una manera anagógica...; y de ese modo, moviéndose á impulso del inmenso talento de Cervantes esos ideales, esas pasiones, esas tendencias, esas virtudes, esos intereses, esos organismos de la vida universal, con ese estilo y ese lenguaje superior, con esas nociones tan sublimes, y á ese fin ético anagógico, hizo Cervantes un libro en donde hay dos: el artístico-literario, que usted dice es la primer novela del mundo; y el didáctico-literario, que es una verdadera epopeya, presentida en el extranjero, y que con más ó menos acierto he descubierto yo, demostrando que, por la profundidad de sus observaciones, por la elevación de sus juicios y por el alcance de sus enseñanzas, es un verdadero evangelio... ¡y de esto tan digno de estudio siempre, mucho más en esta pobre España, tan ignorante y atrasada, dice usted que no se debe hacer caso! *¡Vaya un talento y un patriota que tenemos en usted! Sr. Menéndez y Pe-*



*layo* (1). ¡Y es lo más malo que por el estado especial de la educación y del ambiente en que vivimos, no solamente es aquí el vulgo, la gente plebeya y humilde, sino que los juicios de usted tienen mucha autoridad aun entre los doctos de este país (que son generalmente vulgo), y hacen en este caso, por eso, un daño espantoso!

Pero probado queda desde la primera carta, que si no fuera por ese sentido oculto que usted condena, hubiera caído *Don Quijote* en el olvido; probado también está, que no ha leído usted con atención, ó que no ha sabido leer el *Don Quijote*; y aunque tengo poco espacio (por lo que me refiero á mis libros, donde más largamente se contiene), voy á probarle, que eso que usted dice sin conocimiento, es además un atentado de lesa patriotismo, y que es usted acreedor á una fuerte censura.

En efecto: todos los pensadores y filósofos del mundo que han formado escuela para las sociedades existentes en la tierra, han sostenido la idea, de que el único ideal sociológico, eficaz y positivo á que debe encaminar sus miras el hombre para hacer grata y llevadera la vida, es al logro de la felicidad, ya como lo hacían los paganos que trataban de procurársela en esta vida, ya como enseña el Cristianismo, disponiendo las almas para gozarla eternamente en el cielo. Mas, Cervantes, ya porque distinguió que mientras se

---

(1) Estas palabras subrayadas estaban en las cuartillas y las quité, y no se pusieron en el impreso por consideraciones personales.

educasen los hombres en estas ideas egoístas, cada uno se procuraría la felicidad á su manera, por encima de todos, y chocarían y se dividirían los hombres, según sus conveniencias, y predominaría el egoísmo en la sociedad, é imperaría con más ó menos fuerza la arbitrariedad y la BESTIA; ya porque percibió por su propio instinto otra más alta noción, discurrió, que el principio substantivo y fin primordial á que debe encaminar sus miras el hombre en la vida, es al amor, á la verdad y al bien, que es otra felicidad, donde se funden todas las aspiraciones del hombre en el concepto altruista, y en el sentimiento de la fraternidad humana: tal es su doctrina, ó por lo menos, lo que yo veo y sostengo que hay en ella.

Y para desarrollarla, tomó por pretexto los libros de Caballería; encarnó en Don Quijote y Sancho (á quienes hace buenos), los dos elementos duales, espiritual y material que hay en todo ser humano, é hizo con ellos el Caballero andante, elemento redentor, fuerza propulsiva de su sistema: puso en el compadrazgo del cura y el barbero (Pero Pérez, doblemente Pedro, y el que sangra y hace la barba al pueblo), el compadrazgo de los intereses que existe en todas las sociedades del mundo, y que es elemento pasivo y fuerza retardatriz de ellas; y poniendo una enfrente de otra y en lucha, á estas dos creaciones duales, desarrolló el problema de la epopeya humana; y haciendo intervenir, según queda dicho, todos los elementos de la vida universal que necesitaba, dijo cómo deben de ser todos los ele-

mentos orgánicos fundamentales de la sociedad, para hacerla progresiva, pacífica y dichosa de una manera anagógica, esto es, desarrolló en todos sus incidentes esta doctrina; y dió reglas para seguirla; doctrina y reglas que mediante el artificio dicho de su ingenio, hizo pasar, á pesar del Censor y de la Inquisición.

Y de esto tan magnífico y maravilloso dice usted ;como si estuviéramos en el mejor de los mundos posibles!, que no se debe hacer caso; y para mayor escarnio nos pone el *inri*, comparándonos á los alquimistas, y añadiendo que somos en esta tendencia *inofensivos*. A lo que, prescindiendo de la impropiedad de esta palabreja, debo decir que por lo desatinado de la comparación é incongruencia de esa frase, y por la indiferencia que usted muestra ante los gravísimos males que padece la patria y la necesidad urgente de ponerles remedios, esos temerarios empeños que usted tiene de dificultar el conocimiento de la verdad y perpetuar la rutina en cosa de tantísima transcendencia, es un verdadero atentado, contra la humanidad y contra la patria.

Ya sé yo que, por desgracia, el país se preocupa poco de estas cosas, y que conseguiré poco con hacerlo ver; ¡han puesto la ignorancia y las preocupaciones de tal modo la patria, que nada que no sea el egoísmo y la conveniencia personal y directa, logra impresionarla! Mas yo no puedo por menos de agitar la opinión, por ver si consigo hacerla sentir la grandeza moral de este libro, que sin mirar de tejas arriba, integra todos los ideales espiritualistas de la historia, para que

prevalezcan de una vez para siempre los ideales de la razón, de la verdad y de la justicia, sobre el positivismo de la materia y de la fuerza; y que con el sacrificio de Don Quijote, tan bueno, tan justo y tan elevado, hizo una censura contra aquella sociedad brutal.

Tal es el *Quijote*: por segunda vez reto á usted á discutirlo; y si usted no acepta, quede la Verdad enhiesta y cada uno en el lugar que merece.

Y ahora permítaseme que termine con unas palabras á los liberales y demócratas: en vano trataréis de arraigar la democracia y la libertad por el camino que lleváis; porque la idiosincrasia nacional está aquí saturada de las ideas contraria; y cuantos esfuerzos y revoluciones hagáis serán estériles mientras no sustituyáis esas ideas, cambiando la substancia y el VERBO que las origina y alimenta. Pues bien tened presente, que esa es la labor de Cervantes, el cual no pudiendo hacerla de otro modo, la hizo en el *Quijote* de una manera esotérica. Y tened en cuenta, que así se concibe y explica, la labor intuitiva ó consciente, de Lope de Vega y de Menéndez y Pelayo contra ella; así como también el odio que tienen los jesuitas al *Quijote*; pero que vosotros tenéis una gran responsabilidad ante la patria y ante la historia, por vuestra indiferencia; y que hasta desde el punto de vista del egoísmo, estáis interesados en hacerla prevalecer.

BALDOMERO VILLEGAS.

Tales son las cartas que escribí para contestar á usted inmediatamente después de su discurso,

y que no han podido salir á luz, por las negativas á publicarlas de unos y otros periódicos; y que dejo como estaban, para que se juzgue del caso con exacto conocimiento.

Ellas demuestran, con lo que por ahora me contentaba; más ya que no se me publicaron, voy á decir unas palabras más.

No culparé á los periódicos, aunque lo merecían, porque mientras me negaban espacio, ocupaban sus columnas con relaciones de crímenes del arroyo, de corridas de toros é infladuras de sucesos vulgares que avivan la especulación; pero estamos en una sociedad donde prevalece el gusto y el estilo de Lope sobre el de Cervantes; y los periódicos, como los políticos, como la casi totalidad de los pensadores, se rigen y gobiernan por el pésimo é inmoral criterio de aquellos versos que dicen:

El vulgo es necio—y pues lo paga, es justo  
hablarle en necio—para darle gusto.

y así, me parece una tontería descargar sobre los periódicos una culpa que cae sobre todos. Lo que no dejaré de hacer es, llamar la atención de cuantos tengan en el corazón el amor á la Humanidad, á la civilización y á la patria, sobre este modo de la idiosincrasia nacional.

España está tan mal como se halla, más aún que por torpeza ó maldad de sus gobernantes, por el modo que tenemos de recibir y dilucidar, ó de digerir, las ideas; somos como los que se propusieran resolver las operaciones aritméticas con los números romanos; somos como los que

tienen los estómagos averiados; yo, muchas veces lo digo en otra forma: las ideas sufren, al pasar por la mente de los españoles, el fenómeno de refracción que las desvía ó quiebra en su dirección; y por eso aquí la política, la administración, la justicia, la religión, el ejército... todo se desvía ó quiebra; y por eso es como es nuestra nación, y creemos todos que hay que reformarla. ¿Pero cómo?

Conocemos el efecto, que es ese; ¿pero cuál es la causa?

Ah, estamos como Sancho cuando cayó en la sima, muy católicos de salud y sin apearnos de nuestro burro... El remedio son las enseñanzas del *Quijote*.

No quise yo terminar esas cartas que preceden sin señalarla, y por eso el inciso que hay al final. Pero ya que han venido las cosas de modo que puedo explicarme más, voy á determinarla mejor:

Desde que comencé á pensar en lo político-sociológico, comprendí que un efecto tan general debe tener una causa también general, y que la causa de los males que afligen á nuestra patria, es el modo de ser del clero, que nos caracteriza al nacer, y educa y forma nuestras inteligencias, preside todos los actos importantes de nuestra vida, y hasta nos entierra é influye después de muertos. Mas por hacerlo público fuí, como otros muchos, objeto de persecuciones.

La revolución de 1868 nos libró de ellas: el espíritu de la época no podía tolerar aquel modo de ser social en que hacían papel importantísimo la camisa de Sor Patrocinio, la alfalfa espiri-



tual del P. Claret y otras manifestaciones semejantes del clericalismo. Pero después, los hombres de chispa y de ingenio, que pasaban por los más cultivados talentos, y los que en la política y el gobierno ocupaban los primeros puestos, ¡creían que estaba ya resuelto en la paz el problema religioso con lo que había hecho la revolución!; y tomaban por impertinentes y por cursis y quiméricas nuestras invocaciones; y amparado de este modo el clericalismo por los hombres conspicuos, siguió sus trabajos... y Menéndez y Pelayo fué el sabio por excelencia; Pidal y Maura, los políticos pontífices máximos; los neos y reaccionarios, los árbitros de nuestras Academias; y aunque se decía liberal la Constitución, seguíamos constituyendo las familias como dispuso el Concilio de Trento; y no se dejaban levantar libremente templos; y se puso clase de Romanismo en los Institutos; y se aumentaron las diócesis; y se sacrificó la patria al clero en las Filipinas; y se abrieron las fronteras á los frailes y los jesuitas...; en fin, el chaleco de Maura está haciendo el papel de la camisa de Sor Patrocinio, y sin decir otras cosas que á mí, como militar, no me son permitidas, se está verificando lo que tenía que verificarse: Menéndez y Pelayo, Pidal, y Maura, toman la ofensiva, y aquéllos desde las Academias y éste desde el Gobierno, nos están imponiendo ya el clericalismo.

Y cuando yo presento un testimonio irrecusable de ese peligro; y una doctrina con la autoridad de Cervantes para combatirlo, sale el árbitro de la autoridad, Menéndez y Pelayo en 1904,

como Lope de Vega en 1604, diciendo que no se debe hacer caso de mi dicho. Y no ya los reaccionarios, sino los que se llaman liberales y demócratas y enemigos de ese sistema atávico, les secundan, no prestando atención á mi libro ni á mi réplica, ¡mientras que, escocidos y alarmados por el fustazo que les arrima Maura con el proyecto de Concordato, se revuelven amenazantes, oponiendo el proyecto del bloque liberal!; ¡del bloque de los liberales, que creen que con lo que ha hecho la revolución había suficiente; y que no presta atención á las enseñanzas de Cervantes!... ¡Es que está aquí sugerido y obsesionado todo el mundo por la arbitrariedad: y la razón no es nada!

Sólo me toca lamentarlo; y lo que os digo es, que así no iréis á ninguna parte; que mientras no hagáis una fuerza interior y molecular que os una, podréis formar un conglomerado de aspiraciones, dentro del molde del interés, como se juntan las arenillas dentro de la salvadera; que mientras no hagáis una solidaridad que os una y os permita partir del mismo concepto para sentir el deber, tal vez podáis, á favor de las circunstancias, ó á fuerza de habilidad, hacer una labor negativa; pero una positiva no la podréis hacer jamás, porque aunque arrolléis al clericalismo y lo destruyáis ahora como en 1868, como no tenéis esa fuerza molecular para formar el bloque, estaréis, como esas arenillas, á merced del viento; vuestros argumentos serán pura retórica; vuestros propósitos, arrogancias vanas; vuestras resoluciones, desplantes quiméricos, y en vano pediréis auxilio á la razón y á la buena

fe, porque no os entenderéis, y estaréis en perpetua contradicción con vosotros mismos, y seréis una perturbación constante: y como los pueblos y las conciencias no pueden vivir así, volverán los ojos al pasado, se aumentarán los trastornos, y no sólo no podréis cumplir vuestros propósitos, sino que renacerá de sus cenizas el clericalismo. Así sucedió en la revolución de 1868, y sucederá siempre mientras no se haga la revolución en lo substantivo (1).

Por mi parte he hecho y hago cuanto puedo por conseguirla: he dado á mi país este plan de campaña sociológico, como di el plan de campaña con que se venció á los carlistas; y he sacrificado para ello mis placeres y mi salud y mi dinero; y venciendo mi natural modestia, lo he llevado á S. M. el Rey, y á los hombres de los partidos de Gobierno, y á las Academias, y á la Prensa..., y ya veis con este folleto hasta qué punto llego. Si no puedo más, al menos habré cumplido como bueno... ¡¡y he de seguir cumpliendo!!, sin dar un pasó atrás.

BALDOMERO VILLEGAS.

Así terminé este folleto que repartí mucho ¡y nadie me hizo caso! Ya habeis visto lo que ha sucedido después. ¡Y tampoco se hace nada!

Y á todo esto, los males van en aumento, cada día está más descompuesto el país. Y así se reconoce por todos. Y hay regiones, que sintiéndose

---

(1) Por desgracia fui profeta en 1904... ¡y lo que ha de venir sino se remedia! (Nota de ahora).

lastimadas lo proclaman, y pretenden desgajarse de España. ¿Á dónde vamos á parar?

No lo cito por disculparlas: para mi está por encima de todo la Patria. Pero la verdad es, que aquí no hay religión, ni ejército, ni gobierno, ni justicia más que en las apariencias; y en la realidad, tan sólo concupiscencias y caciquismo, con lo que no puede una nación subsistir en una instancia que hice al Rey (pág. 16) después de referir cómo se vive, administra y gobierna á quien, tuve el honor de decir á S. M... *«así es imposible vivir con dignidad y con honor. Y si la Patria es esto, preciso será renegar de la Patria ó huir, ó desaparecerá la Patria. Dignese V. M., etc.»*

¡Y quiera Dios que no sea profeta!

Aquí se necesita un ideal; pero no un ideal limitado á la República ó la Monarquía; á lo federativo ó lo unitario; á lo económico, á las riquezas, á los negocios, á las conquistas... sino más elevado y más hondo: á nuevas mentalidades y nuevos sentimientos basados en la Paz y la Razón y la Justicia... el ideal de la DOCTRINA CERVANTIANA.

HE CONCLUÍDO



# OBRAS DEL AUTOR

---

Pesetas.

## En el orden religioso.

*Un hecho, la maja y el espiritismo* (dos tomos)..... 4

## En el orden civil.

*Estudio crítico de la Guerra Civil* (dos tomos)..... 8

*Aprovechamiento de la fuerza de las mareas*..... 1

## En el orden filosófico-Cervantino.

*Estudio tropológico sobre el «Don Quijote de la Mancha»*..... 2,50

*La Revolución española: estudio tropológico del segundo tomo del Don Quijote de la Mancha*..... 4

*Cartas á D. Marcelino Menéndez y Pelayo.* (Agotado.)

*La cuestión de las cuestiones.* (Agotado.)

*Psicología de Las Novelas Ejemplares*..... 3,50

*Cervantes, luz del mundo*..... 1







863.327 V732C



a39001 008153606b

863.327

1732c

